

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

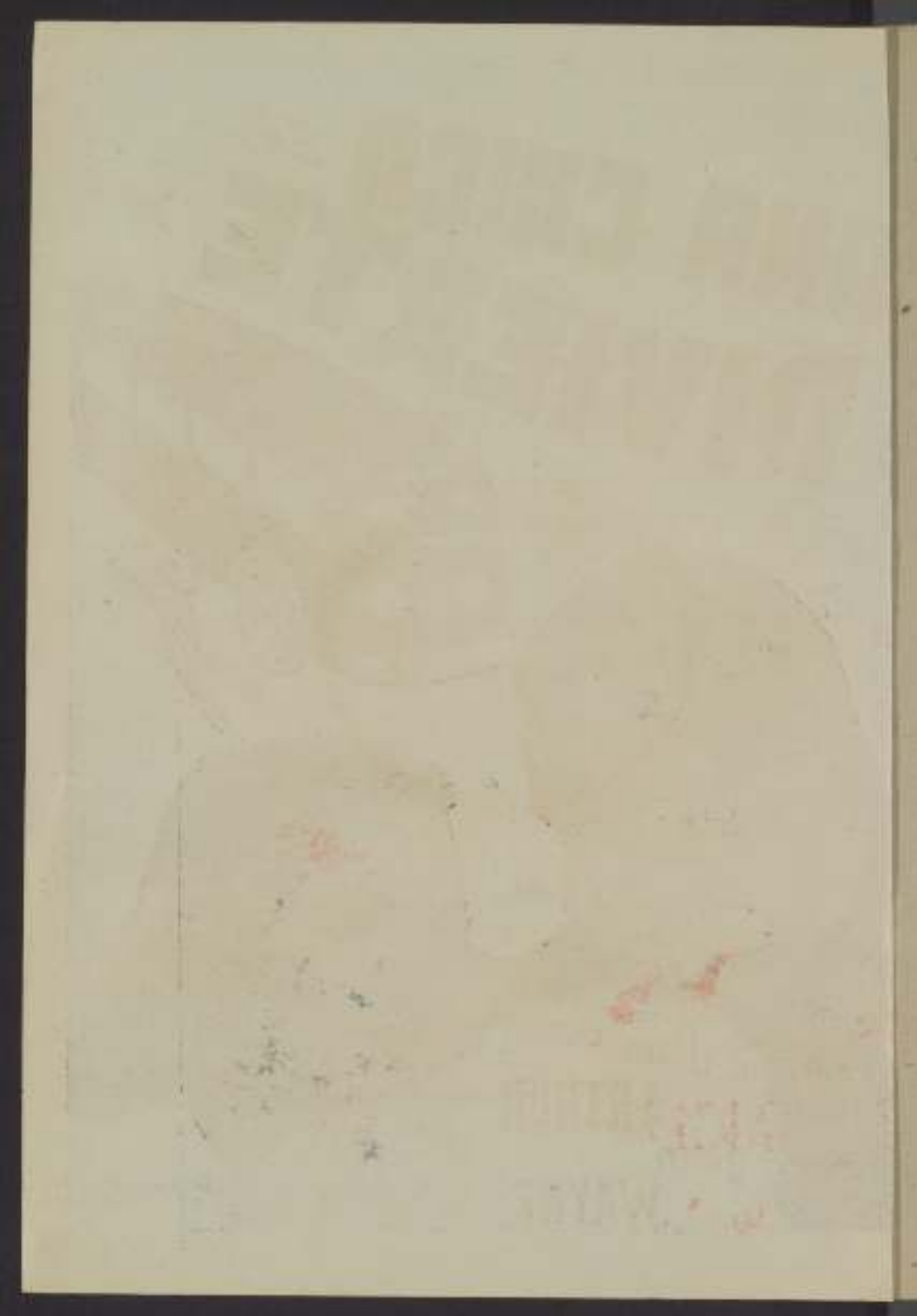
SERIE ALFA

UNA CHICA ^{se} DIVIERTE



Jean
ARTHUR
John
WAYNE

Editorial ALFA







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correo 707 - Tel. 70867 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Berthel, 14, Barcelona-Tejada, 17, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE **ALFA**

NUM. 76

NUM. 325

UNA CHICA SE DIVIERTE

ES innegable que los americanos dominan la técnica cinematográfica maravillosamente y pueden atreverse a la narración de cualquier argumento; pero existe un estilo de películas, las llamadas del Oeste, en las cuales no tienen rival. Esta que vamos a novelizar lleva por título **Una chica se divierte**, y pertenece a la clase que sirvió para despertar el interés de los aficionados a las cintas estadounidenses. La linda muchacha, el apuesto «cow-boy», el rodeo y el idilio. Vea el lector las páginas que siguen para deleitarse con las aventuras que le ocurren a una neoyorquina durante sus quince días de vacaciones.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Succursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mollie</i>	Jean Arthur
<i>Duke</i>	John Wayne
<i>Waco</i>	Charles Winninger

Director:

FRANK ROSS

Novelización de
MARCOS ESTRADA

UNA CHICA SE DIVIERTES

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

LAS VACACIONES DE UNA OFICINISTA

LA gentil oficinista hacía meses que soñaba en aquellas vacaciones que le permitirían cruzar el vasto continente americano de una a otra costa. Saldría de Nueva York en un lujoso autocar, cuya comodidad podía compararse al coche cama de un expreso durante la noche y al coche salón durante el día. Amplias ventanillas para admirar el paisaje, parada en las ciudades y pueblos previamente convenida, para comer y aseo; visita de monumentos que calan en ruta, y todo esto por, relativamente, pocos dólares. Quince días de sentirse millonaria en plan de viaje, sin oír gruñir al jefe ni tener que arreglarse la comida a base de conservas, e infinidad de molestias a que tienen que someterse esas

bellas señoritas que prestan sus servicios en las oficinas. Su aspecto no podía ser mejor, pero bajo aquella elegancia se encubría la pequeña tragedia de tener que ahorrar mucho y abstenerse de muchas cosas para poderse permitir, cuando llegase el verano y con él la temporada de vacaciones, una pequeña excursión para poder olvidar el trabajo monótono de once meses y medio del año.

Mollis, que es la joven que nos ocupa, había ahorrado dólar por dólar a fin de poder comprar pasaje para un viaje hacia el Oeste. Había visitado la agencia infinidad de veces, donde le habían entregado folletos y prospectos de los distintos lugares que visitaba el auto y casi se sabía el recorrido de memoria. Le

parecía que jamás llegaría el día de la partida y a medida que se acercaba la fecha de la marcha se sentía tan nerviosa como si se tratara de un viaje al otro mundo.

Hemos dicho ya que Mollie era una chica bonita y esto hacía que no le faltaran admiradores... Pero no era ninguno de ellos el príncipe encantador soñado que llamase un día a su puerta para llevársela a su palacio, haciéndola antes su esposa, y una vez allí jamás volvería a posar sus ojos en una máquina de escribir. Vestiría sedas, encajes y armiños; tendría cuatro doncellas, auto, caballos y un yate. No le faltaba imaginación a Mollie. Sin embargo, sus admiradores se componían de un chofer de taxi, hombre de buena fe, rudo, mal educado, que pensaba casarse con Mollie por el solo hecho de que le gustaba y podía mantenerla, porque se ganaba bien la vida. Malcolm era otro de sus admiradores, que se limitaba a contemplarla y darle a entender así que la quería, pero sin lanzarse a una declaración. Era oficinista y no le sobraba el dinero. Luego había otro, llamado Gregg. Un hombre joven, tímido, romántico y feo a carta cabal. Disponía de más dinero que Malcolm, pero no era ningún capitalista. Había dicho infinidad de ve-

ces a Mollie que quería casarse con ella y ella se limitaba a sonreír.

Los tres estaban enterados de la excursión de la chica durante sus vacaciones y los tres le criticaron el gusto, pues en Nueva York se pueden pasar quince días maravillosamente. Hay bailes, parque de atracciones, teatros y restaurantes donde la gente joven se divierte y ninguno de los tres galanes podía comprender el afán de Mollie de encerrarse en un autocar y pasarse los días mirando a través de la ventanilla.

«Cuestión de gustos», decían Malcolm y Gregg, «Cuestión de mal gusto», añadía el chofer.

Todas las reflexiones que le hicieron los amigos no sirvieron para nada. Mollie tenía ya el pasaje comprado, todo comprendido, por lo que ella tenía aquellos quince días asegurados. Conocería su patria y... ¿quién sabe? Viajando ocurren muchas cosas.

Llegó la fecha deseada y Mollie se dirigió a la estación del autocar que debía conducirla hacia el Oeste o hacia la felicidad, según ella.

El movimiento en el punto de parada de los autocares era extraordinario a medida que se acercaba el momento de la partida y cuando Mollie llegó allí, el anunciador de la excursión estaba en la acera gritando con todos sus pulmones:

—¡Excursión especial!... Viaje cuarenta y nueve... Salimos inmediatamente para Kansas, Creyenne, Penoltown y hacia todas las maravillas del Oeste.

Mollie había subido al vehículo y un empleado le señaló su sitio. El asiento consistía en dos amplias butacas, lo que representaba que tendría un vecino inmediato. Apenas se hubo sentado la viajera, llegó Malcolm a despedirla.

—¡Hola, Malcolm! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Mollie!

El joven llevaba una magnífica cesta de frutas cubierta con celofana que daba un aspecto artificial a las manzanas y naranjas. Entregó la cesta a la muchacha, quien no pudo ocultar su satisfacción.

—¡Estupendo! Cuánto te lo agradezco.

—¿Te gusta? ¿Dónde lo coloco?

—Puedes dejarla aquí arriba, en la red, supongo.

—Sí, aquí estará bien—dijo Malcolm, colocando la bonita cesta en la red de equipajes—. ¿Dónde están tus maletas?

—Las tiene Gregg.

—¿Gregg?

—Sí; se quedó allí comprándose unas revistas para leer durante el viaje.

—¡Oh!—exclamó Malcolm, bajando la cabeza, descorazonado.

—Me acompañó hasta aquí en un taxi. Fue muy amable, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te diga?

—A ti no te gusta Gregg, ¿no es eso?

—Le odio—repuso el joven, furioso.

—Malcolm... ¿por qué no podemos ser todos buenos amigos?

—Ya te lo he dicho, porque le odio.

—¡Malcolm, no hables así de mis amigos!

Antes de que el bilioso Malcolm pudiera seguir dando rienda suelta a su mal humor, llegó Gregg cargado de revistas.

—Bien Mollie, he puesto las otras maletas en el lugar reservado para equipajes.

—Gracias, Gregg, eres muy amable—contestó la chica sonriendo, más en agradecimiento, al ver las caras de los dos hombres.

—¡Hola, Malcolm!—dijo Gregg, dirigiéndose cortésmente a su rival.

—Me alegro de verte, Gregg... ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Esto es para ti, Mollie. La «Guía del Oeste».

—¡Magnífico! Muchas gracias. Atinas en todo.

—Contiene trescientas cincuenta ilustraciones.

—¿De veras?

—Debe ser muy interesante—in-

terpuso Malcolm con la cara muy estirada.

—Siempre creí que era interesante conocer antes por fotografía lo que más tarde se ve en la realidad—contestó Gregg secamente.

—¡Claro!—dijo Mollie, sonriendo a ambos.

—Causó buena impresión. ¿Comprendes, Mollie?

—Sí, sí.

—Perdona, Malcolm, déjame poner este maletín en la red—dijo Gregg.

—¿Puedo ayudarte?—interrogó Malcolm.

—No, no, gracias. ¿Qué es esto?—exclamó Gregg al ver la cesta de fruta.

—Es un regalo de Malcolm. ¿Borrito, verdad?

Antes de que Gregg pudiera contestar, subieron tres niños de ocho a diez años, disfrazados de piel roja. Iban también a formar parte de la expedición y estaban tan entusiasmados que entraron corriendo en el coche gritando tal como lo hacen los indios.

—Parece que ya estamos en el Oeste—dijo Malcolm.

—Sí—contestó Mollie, mirando a sus futuros compañeros de viaje, que parecían estar dispuestos a entablar una lucha dentro del auto.

—¿Quieres un cigarrillo?—preguntó Gregg, ofreciendo su pitillera.

—No, gracias—contestó secamente Malcolm.

—Estás muy guapa, Mollie—observó Gregg—¿No es verdad, Malcolm?

—Eso es lo que yo le digo siempre.

—Tal vez me favorecen estas flores—dijo Mollie, arreglando unas artificiales que llevaba en la solapa. Me las ha regalado el señor McCormick.

—Muy buena persona, el viejo McCormick—observó Gregg con cierto desdén al referirse al jefe de la joven.

—Sí—contestó Malcolm.

En este momento subió al autocar el tercer admirador de Mollie, el chofer de taxi, con otra cesta de frutas, de menor tamaño de la que había traído Malcolm.

—¡Eh! ¿Dónde está mi duquesa?—gritó el chofer, como si se encontrara en su propia casa.

—¡Hola, Bob!—dijo Mollie alegre y amable como con los demás.

—Parece que nos hemos reunido varios aquí—observó Bob cordialmente, mirando a los otros—¿Cómo están ustedes?

—Bien—dijo Malcolm.

—Encantado de saludarte—murmuró Gregg entre dientes.

Sin hacerles el menor caso, Bob

entregó la cestita de frutas a la joven y continuó hablando en voz alta:

—Toma, duquesa, come hasta que tengas bastante.

—Muchas gracias, pero no debías molestarme, Bob.

—¡Bah, no seas tonta! Ya sabes que a mí me gusta ser obsequioso.

—Bueno, colócala ahí arriba, junto a la otra, ¿quieres?...

—Pues no faltará más.

Bob cogió la cestita de manos de Mollie y la colocó encima de la de Malcolm, sin preocuparse poco ni mucho de si estropeaba aquélla.

—Por favor—observó Mollie al ver el deterioro que podía causar la brusquedad del chofer.

—Es mía ésa—dijo Malcolm.

—Dispensa, chico—repuso Bob.

Mollie y Gregg no pudieron contener la risa, pero Bob no se daba cuenta de nada y no cesaba de hablar.

—Pues me alegro de estar aquí. Tomé no poder llegar a tiempo. Tuve que ir a la carretera de Boston con mi taxi y llevaba un tipo que...

—Bueno, no nos lo cuentes—dijo Gregg.

—No, por favor—agregó Malcolm.

—¿Puedo hacer algo por ti durante tu ausencia?—preguntó Gregg.

—Sí, Casarte—dijo Bob con insolencia.

—Escucha, hermano—empezó a decir Gregg indignado.

—Siéntate—insistió Bob.

—Oíd, no me gustan estas discusiones—dijo Mollie—, y me parece que ya debe ser hora de marcharse todos.

—Adiós, Mollie—dijo Malcolm iniciando la marcha, para lograr que los otros dos hicieran lo mismo.

—Adiós, Malcolm.

—Y... piensa en lo que te dije ayer tarde, piénsalo bien durante el viaje.

—No lo olvidaré—contestó la chica.

—Adiós, duquesa—dijo el chofer.

—Adiós, adiós, a todos.

—Cuidado con las fieras—insinuó Malcolm.

—Sí, las hay de todas clases—dijo malintencionadamente Bob.

En el asiento junto a Mollie se había sentado una señorita ya entrada en años, muy poco favorecida por la naturaleza, que miraba extasiada el éxito de Mollie entre sus admiradores y seguía sonriente el curso de aquella animada conversación.

Bajaron los tres galanes y la compañera de viaje no pudo contener por más tiempo su curiosidad.

—¿Por qué se marcha usted de Nueva York?—preguntó a Mollie.

—¡Oh!—exclamó aquélla, sorprendida.

—Espero que no formará usted mal concepto de mí por hablarle la primera, pero después de todo, una de las dos tenía que empezar, así es que no importa quien haya sido.

Aquella señorita se explicaba con mucha viveza y resultaba simpática hablando, delatando todos sus ademanes que era una romántica perdida.

—Tiene usted razón. Me llamo Mollie J. Truesdale.

—Yo, Florrie Bendix.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien y encantada de conocerla.

—Yo también me alegro.

—¿Qué tal le parece el viaje hasta ahora?

—A mí muy bien—dijo Mollie—, aun cuando no nos hemos puesto en marcha todavía.

—Pues a mí no. Si lo llego a sospechar no hubiese venido.

—¿Por qué?

—Porque no hay ningún joven.

—¡Oh, eso a mí no me importa!

—dijo Mollie, que se encontraba mucho más tranquila desde que habían desaparecido los tres moscónes.

Antes de que la romántica Florrie tuviera tiempo de contestar, un

hombre uniformado subió al autocar y colocándose al extremo, dando la espalda al motor, saludó a todos los pasajeros. Tenía la voz de charlatán y sonreía constantemente.

—¡Buenos días a todos, hola, hola, hola, hola...! Amigos, desearía que me prestaran atención un momento. Yo estaré a su servicio durante los próximos quince días, así es que me parece que no es mucho pedir. Voy a presentarme a ustedes. Mi nombre es Lambert, el sonriente Lambert, y ustedes, amigos, pueden llamarme sencillamente Lambert. No ha salido del todo mal, ¿verdad? ¿Cómo están ustedes? Me alegro de encontrarme entre amigos. ¿Dispuestos a pasar quince días aguantándose la respiración ante las maravillas que verán? Esto no quiere decir que tengan ustedes que ahorrar el respirar por ahora. ¡Ja, ja, ja!

El charlatán reía sus propias gracias y el pasaje aceptaba con gusto su perorata.

—¿Cómo están ustedes, jóvenes? Me alegro de verles. Sí, señor, una gran familia feliz. Lo esencial consiste en no pelear. Hoy por mí, y mañana para ti, este es mi lema. ¿No le soy simpático, señor? No se preocupe, ya se acostumbrará a mi presencia. Sí, señor, ya se acostumbrará. ¿Cómo están ustedes, jóvenes? ¡Ven a este niño vestido de pie!

roja? ¿Se divierten? Me alegro de verlos. Todos dispuestos para un buen viaje.

El sonriente Lambert iba haciendo sus observaciones dirigiéndose cada vez a un pasajero distinto.

—Bueno, bueno, bueno. Una señorita muy atractiva, muy bonita, bonita, bonita. Señores, vamos a emprender la marcha dentro de dos minutos, así es que no deben impacientarse. Tengo tantas ansias de partir como ustedes.

—¿Quiere usted cambiar de sitio?—preguntó Mollie a su compañera, que se movía inquieta en su butaca.

—No, ya estoy bien.

Lambert continuó hablando:

—El asiento del fondo es el de los enamorados, amigos. Lo digo por si interesa a alguien. Sí, señor, acostumbren a llamarlo el bar. Todos venían aquí por whisky y... sofá... ¡ja, ja, ja! Usted está de acuerdo conmigo, ¿verdad? Ahora, amigos, vamos a empezar el viaje más cómodo, más agradable y más divertido que jamás hayan hecho y yo soy el buen amigo que va a explicarles a ustedes todo. ¡Bueno! Comandante, pisa el acelerador y en marcha. ¡Vámonos!

Se sentó el charlatán, el motor empezó a funcionar y el grandioso

autocar vibró suavemente al principio y luego se puso a andar.

Todos los viajeros estaban emocionados. Aquel vehículo sería su casa durante quince días, una casa ambulante desde cuyas ventanas verían desfilar ante sus ojos el bello paisaje de su patria.

Los tres galanes de Mollie esperaban tiosos en la acera para decirle el último adiós. Afortunadamente ella se dio cuenta y tuvo un saludo cordial para los tres a la vez.

El autocar deslizóse ligero sobre el asfalto urbano y en pocos minutos se halló lejos de la ciudad, corriendo a buena marcha por las amplias carreteras que conducían hacia el soñado Oeste.

* * *

Mollie no quitaba los ojos de la ventanilla. Acostumbrada a un paisaje de rascacielos, ferrocarriles aéreos, escaleras de metro y cines, admiraba la campiña con ojos desmesuradamente abiertos. Llegó la noche y el auto no detuvo la marcha. Se tiraron las cortinillas y los pasajeros se dispusieron a dormir para poder amanecer pronto al día siguiente y volver de nuevo a ver

destilar ante sí todas las maravillas de la Naturaleza.

Hicieron alto en algunas ciudades y entonces los pasajeros iban cada uno por su cuenta, debiendo regresar a la hora previamente indicada adonde se dejaba el auto estacionado, para proseguir el viaje una, dos o tres horas después, según la im-

portancia del sitio donde se habían detenido.

Mollie estaba entusiasmada. Había olvidado a Malcolm, a Gregg y a Bob, considerando que en su vida había invertido mejor el dinero que en esta excursión. La más interesante que había realizado.

EL PRIMER PUEBLO DEL OESTE

El autocar donde viajaba Mollie había hecho estación en varias poblaciones y por fin había llegado al primer pueblo típicamente del Oeste, con sus «cow-boys», caballos y ganaderos, que precisamente aquel día, coincidiendo con la llegada de los turistas, celebraban la fiesta caballista que ellos llaman un «rodeo».

Los viajeros del auto hicieron acto de presencia al certado donde los jinetes más famosos hacían gala de sus cualidades ecuestres, montando potros salvajes que les derriban de la silla a cada paso.

Mollie también se dirigió allí, si bien decidió ir sola, ya que ninguno de los compañeros de viaje la interesaba mucho y en particular Florrie la aburría bastante. Dejó que todos

partieran, no sin antes les hubiera avisado el sonriente Lambert que el auto partiría a las diez en punto de la noche y todos deberían estar en la parada, pues no esperarían a ningún rezagado.

El corcado donde se celebraba el rodeo se componía de un terreno, no demasiado espacioso, alrededor del cual se habían colocado bancos de madera formando gradas para que todos los espectadores pudieran presenciar el espectáculo.

La arena donde tenían lugar las puebas, estaba rodeada de los «cow-boys» de toda la comarca, que animaban a sus amigos a gritos mientras montaban, para que procurasen sostenerse a caballo tanto tiempo como fuera posible.

Según se oía decir por allí, el pre-

mio sería para Duke, el famoso caballista, que acompañado de su fiel criado Waco hacía una pareja comparable a Don Quijote y Sancho. Duke era el «cow-boy» favorito y su caballo «Sammy» uno de los mejores animales que existían.

Mollie se sentó en una de las gradas admirando el espectáculo, tan distinto de todo lo que había visto, que le faltaban ojos para verlo todo.

Un vendedor de emparedados y dulces se le acercó.

—¿Emparedado de salchicha caliente, señorita?

—No, gracias.

A Mollie no le interesaba la comida. Se había fijado en Duke, al que encontraba maravilloso haciendo piruetas sobre un potro indomable. De repente el caballo hizo un movimiento extraño. Empinó las patas delanteras y sacudiéndose de encima la pesada carga del jinete que le molestaba con las espuelas, le arrojó a gran distancia y Duke fué a caer en la grada donde estaba sentada Mollie.

El golpe fué serio, pero de momento sin consecuencias. Ambos se levantaron y Duke preguntó a la señorita si le había hecho daño.

—¿Está usted segura de que no se ha roto nada?

—Claro que estoy segura.

—Entonces, perdone; pero ya ha visto que no ha sido culpa mía.

Ambos sonrieron. Duke se dirigió a las cuadras y Mollie se dispuso a salir del cercado porque había terminado el «rodeo».

Cuando Duke llegó a la cuadra encontró a su escudero muy alarmado.

—¡Eh, Duke! ¿Estamos bien?

—¡Sí, sí, muy bien, Waco!

—¿No nos hemos hecho daño?

—Ni un rasguño.

—Si hubiésemos montado aquel otro caballo, nos hubiésemos llevado el primer premio.

—Sí, es posible. Bueno, yo voy a la fonda a arreglarme y ya vendrás a reunirme conmigo.

El caballista salió a la carretera andando decidido hacia el pueblo. Mollie, que todavía andaba por allí, le vio.

—¡Eh! Señor...

—¡Ah, señorita! ¿Qué desea?— preguntó Duke deteniendo la marcha.

—¿Quiere darme su autógrafo?

—¿Mi qué?

—¿Si quiere hacer el favor de firmar el programa? Quiero guardarlo como recuerdo.

—¡Oh, con mucho gusto!

Mollie dió su pluma al caballista y éste, sin gran preámbulo, firmó.

—Duke Hudkins. Muchas gra-

cias, señor Hudkins... No todos los días conozco a un caballista como usted. Buenas tardes.

La joven dió media vuelta y siguió su ruta.

Duke había permanecido parado en mitad del camino y de repente tomó una decisión.

—¡Señorita, señorita! — gritó, mientras echaba a correr para alcanzarla.

Ella le oyó perfectamente y se volvió.

—¿Qué le ocurre?

—¿Quiere usted firmar mi programa?

—¿Yo, señor Hudkins? No voy por qué.

—No todos los días conozco a una muchacha tan bonita como usted.

—Muy bien, voy a complacerle.

Sacó de nuevo la pluma del bolso y firmó el programa que le presentó Duke.

—No sé si podrá leerla. Es un poco complicada mi letra.

—Mollie... ¡... Truesdale.

—¡Ah!, muy bien.

Entonces Duke hizo el programa recién firmado en cuatro pedazos. lo arrojó al suelo y cogiendo a la muchacha por el brazo dijo:

—Vamos, Mollie.

—¿Adónde?

—Supongo que le gusta la cerveza, ¿verdad?

—Es gracioso lo que puede ocurrir a consecuencia de una caída de caballo en el Oeste.

—¿De dónde es usted?

—Del Este.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Y usted, ¿de dónde es?

—¿Pues del Oeste!

—¿De veras?

Ambos se echaron a reír con alegría y siguieron andando hasta llegar al café del pueblo, donde entraron. Muchos de los concurrentes saludaron a Duke y él eligió una mesa bastante grande al fondo del local.

—¡Dos cervezas en seguida, muchacho!

—¡Inmediatamente! — contestó el empleado.

Mollie miraba el café, los raras ocupantes, el propietario en el mostrador y todo cuanto había allí.

—Bueno, supongo que esta es una atracción fuera de programa — dijo Mollie.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no estaba incluido en — comprendidos todos los gastos — de mi excursión.

—¡Oh, ya comprendo!

Si Mollie se hubiese interrogado a sí misma habría tenido que con-

fesarse que lo más interesante de aquella atracción fuera de programa era Duke, por el cual empezaba a sentir gran admiración. El la trataba con mucha naturalidad y bastante rudeza.

—¿En qué está usted pensando?

—preguntó la joven.

—En que tal vez no le guste la cerveza.

—¡Oh, no!

—¿No?

—No, no, quiero decir que es muy buena.

Mollie trató de beberla y continuó hablando.

—Sabe, yo creo que es muy agradable que dos personas... se sienten y charlen un rato. ¿No le parece?

—Sí, especialmente si tienen algo que decirse.

—Yo supongo que usted debe tener más de un millón de cosas que contar.

—Claro que tengo mucho que contar.

—¡Oh, muchas gracias!

Cuando parecía que Duke se disponía a explicar algo interesante a Mollie llegó el viejo Waco, que venía de arreglar el caballo.

—¡Eh, Waco! Ven acá, voy a presentarte a esta señorita.

—Si tú lo quieres, Duke—con-

testó el viejo, tomando asiento en la misma mesa.

—Waco, te presento a Mollie.

—Tanto gusto, Mollie. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente, pero no entendí bien su nombre.

—Waco... como en Texas.

—¡Oh, esto es muy interesante! ¿Cómo es que le pusieron el nombre de un lugar de Texas?

—No, no, señorita, es al contrario. A la ciudad le pusieron mi nombre—y el viejo Waco se rió ruidosamente.

—¡Oh! ¿De veras?

—Es el embustero más grande del mundo—dijo Duke—. Dile una mentira a Mollie, Waco.

—A ver, espera. Sí, déjame ver. ¡Ah, ya recuerdo! Una vez...

En aquel instante apareció por allí una muchacha que desempeñaba el cargo de bailarina del café, y Duke la saludó cordialmente.

—¡Hola, Linda-Belle!

—¡Hola, piernas torcidas, holgazán! ¿Cómo estás?

—Bien; siéntate con nosotros.

Linda no necesitó que se lo dijeran dos veces y tomó asiento al otro lado de Duke.

—Pues, sí, recuerdo que una vez...continuó Waco.

—¿Más cerveza, Mollie? —dijo

Duke—. Quiero presentarle a una vieja amiga mía: Linda-Belle.

—Mucho gusto—contestó Mollie un poco azorada.

—Mucho gusto. Mollie—contestó la bailarina con desparpajo.

—Pues como estaba diciendo—insistió Waco.

—¿Por qué has acentuado que soy tan vieja?—preguntó Linda a Duke.

—Porque tú ya andabas por aquí cuando se luchaba con los indios.

—¡Buena! ¡De todos los desahogados, tú...!

Linda había tomado la broma a mal y Waco, para evitar un disgusto, intervino.

—A propósito de indios... eso me recuerda una historia: Señorita, usted debe haber oído hablar de la vieja costumbre de arrancar el cuero cabelludo a los blancos... Pues bien, yo introduje la costumbre de que los blancos arrancaran el cuero cabelludo a los indios.

—¿De veras?—preguntó Mollie, incrédula.

—Sí, señora, y la primera vez que tuvo lugar esto, fué a menos de dos metros de donde está usted ahora sentada. Tal vez eran doscientos indios y...

Waco se iba animando con sus embustes, pero la presencia de otra

muchacha de la misma clase de Linda le obligó a callar.

—¿Cómo estás, Duke? ¿Qué estás tramando?—preguntó la recién llegada a la que acompañaba otra chica.

—Bueno, ¿qué os parece Lil... y Carmencita, queréis sentaros con nosotros? Mozo...

—Sí, señor...

—Más cerveza—ordenó Duke.

—¿Dónde has estado, Duke?

—preguntó Carmencita, que ya había tomado asiento.

—Mollie, quiero que conozcas a Carmencita.

—¿Cómo está usted?—preguntó la neoyorquina, bastante escamada ante aquella afluencia de muchachas alrededor del «cow-boy».

—Te presento a Lil, Mollie—insistió Duke.

—¿Cómo está usted?

—¡Encantada, Mollie!

—Pues como iba diciendo, Mollie, aquellos indios me vieron venir—continuó Waco.

—¿Qué has hecho todas esas noches, Duke?—preguntó Lil.

—¿Y qué es eso que cuentan de ti y de ese antipático Pete Harrigan?

—Cuando el indio levantaba el hacha...—segula diciendo Waco.

Era inútil que el viejo intentara calmar, con sus cuentos, la tormen-

ta que empezaba a desencadenarse en la mente de Mollie, y la llegada de dos bailarinas más colmó la medida.

—¡Eh, Duke! ¡Viejo zorro! ¿Por qué me has dejado plantada?—dijo otra de las recién llegadas.

—¡Hola, Flossie!—exclamó, sonriendo.

Mollie no pudo aguantar más, y levantándose decidida, dijo:

—¡Siéntese, siéntese! ¡Mozo, más cerveza!—y salió de la taberna como un bólido.

ES FACIL PERDER UN AUTOCAR

HABÍA anochecido cuando Mollie salió a la calle, pero faltaba bastante rato para las diez y no tenía deseos de pasarlo sentada en la estación de servicio donde había hecho alto el vehículo. Siguió carretera abajo sin saber exactamente dónde ir. Se sentía molesta por las groserías de Duke, que la había tratado como si ella fuese una de aquellas bailarinas del cafetín.

No había andado mucho rato cuando oyó unos pasos tras de sí. Los reconoció al instante, pero siguió andando. La alcanzó Duke y cogiéndola del brazo le preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa?

—¿Qué es lo que me pasa? ¿Qué cree usted que puedo pasarme?

—Pues no sé qué puedo pasarle.

—[Bien, entonces es mejor no decir nada.

—Siempre que salgo de paseo con una chica, es raro que no se divierta. ¿Le molesto, acaso?

—De ninguna manera.

Mollie dejó de andar y soltando el brazo que Duke retenía le dijo:

—Voy a decirle la verdad, señor Hudkins. Yo no vine al Oeste con ningún fin extraño, pero el viaje en el autobús es tan largo... Una no se da cuenta de lo grande que es este país hasta que se atraviesa sentado en un coche. Estaba cansada. Luego le conocí a usted... y sólo pensé en que quizá podría distraerme un poquito... nada más.

—Siento que no se haya divertido.

—Yo también lo siento.

—¿Quiere usted que lo intentemos otra vez?—preguntó Duke sonriendo y mirando a Mollie con simpatía.

Ella no pudo resistir la invitación hecha en tan galante forma.

—¡Bueno, lo intentaremos!

De nuevo Duke cogió a Mollie del brazo y se dirigieron a otro establecimiento público, donde había una gran mesa donde jugaban a los dados.

—¡Vamos a jugar un poco, Mollie! A ver si ganamos dinero.

El «cow-boy» hizo una apuesta baja y ganó. Luego otra y también fué afortunado. Poco a poco reunió un montoncito de dólares.

—¡Vámonos!—dijo Mollie.

—No, espere. Ganamos otra vez.

—contestó Duke—. ¡Ahora apuesto al cuatro!

—¿El cuatro?—preguntó Mollie.

—Sí, luego ya se lo explicaré.

¿Cuánto dinero hemos ganado?

—Me parece que tenemos doscientos ochenta y tres dólares—repuso la chica, contando las monedas.

—¿Está segura?

—¡Sí!

—Siete, siete una vez, siete—exclamó Duke, ganando de nuevo.

—¡Vamos, Duke! Hará usted saltar la banca—dijo el amo del local.

—Ahora lo apuesto todo.

—¿Todo?—preguntó Mollie, asustada.

—¿Tiene miedo?—preguntó Duke.

—Un momento, amigo—dijo el propietario—, quiero indicarle las reglas de la casa.

—¿Cuáles son?

—Aquí tenemos un límite de veinticinco dólares.

—¿Desde cuándo?

—Hace ya tiempo. Recoja su dinero y juegue como debe jugar.

—Está bien, pues cámbieme estas fichas por billetes.

—¿Por qué no deja que juegue un rato la señorita?—preguntó el amo.

—¿Por qué no?—contestó Duke, dando los dados a Mollie.

—Está bien. Haré lo que pueda—dijo la joven, tirando los dados.

—Juegue un dólar—aconsejó Duke—. ¡Al cinco!

—Han salido dos ases. La señorita pierde—exclamó el propietario.

—¿Un presentimiento?—preguntó Duke a la chica.

—¡Sí!

—En cambio, usted me ha hecho ganar a mí. No se separe de mí, Mollie. Su compañía ha sido provechosa y agradable.

—¿Vámonos?—preguntó ella.

—Como usted quiera.

Salieron del local y se veía poca animación por la carretera.

—Dígame qué hora es. Tal vez es mejor que regrese al autobús.

—Es temprano todavía—contestó Duke, mirando distraídamente al reloj que llevaba en la pulsera—. Regresemos al bar a beber alguna cosa. Un trago de whisky.

Volvieron a entrar al local donde habían estado jugando y se dirigieron al bar.

—Un whisky—ordenó Duke.

—¿Serán dos?—preguntó el camarero.

—No, yo tomaré leche de cactus—informó Mollie.

—¿Qué?—preguntó el camarero.

—Jamás he visto ordenar un cactus—observó Duke.

Un borrachín que estaba por allí y que había visto lugar a la joven pareja se acercó al mostrador.

—¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa? ¿Dónde está mi ron y ginebra?

—Usted no ordenó nada—dijo el camarero.

—¿Quiere usted pelear conmigo?—insistió el borracho.

—No señor, no, es usted demasiado fuerte para mí.

—¿Quiere salir a la calle?

—Sería lo mejor que podría hacer—dijo Duke.

Miró el borracho a Duke al oírle hablar.

—Tiene usted mucha suerte, joven. Pero a mí no me engaña, sólo tiene suerte porque va con esta señorita.

—Bueno, es posible que tenga usted razón.

—¿Por qué no me presta esa amiguita-suya tan afortunada? A mí también me gustaría ganar.

—¿Oh, usted no la necesita? Lo que tiene que hacer es ir a dormir.

—Sí, esto es justamente lo que me digo, pero ¿porqué no me presta a su pequeña amiguita y con ella...

—No puede perder—dijo Duke, irónicamente.

—No puedo perder, no puedo perder, no puedo perder...

Mollie empezaba ya a molestarse de aquella conversación con el borracho, que se obstinaba en dirigirse a ella.

—No le haga caso—dijo Duke—, es un infeliz que intenta divertirse.

—Sí, como yo—contestó Mollie, y distraídamente cogió el vaso que el camarero le había puesto delante, y bebió un sorbo.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—exclamó la joven, asustada, dejando el vaso.

—Leche de cactus. ¿Quiere un vaso de agua?

—¿Qué ha puesto en este vaso?

—Conac, ginebra y leche de cactus—informó el camarero.

—¡Caramba!

—Me ha asustado usted—dijo Duke—. Temblaba usted como una hoja. Deme otra copita de coñac.

—¿Quiere alguna otra cosa la señorita?—preguntó el camarero.

—Sí, agua con jarabo.

—¿Qué?

—Y aprisa—dijo Mollie—. ¡A su salud, Duke, para que continúe la suerte!

El borrachín les estaba contemplando y acercándose a Mollie con impertinencia le dijo:

—Venga conmigo, chiquilla de la suerte. A ver, sopla los dados y procuro darme suerte.

Duke perdió la paciencia y sin vacilar dió un puñetazo certero en las narices del borracho que cayó estirado al suelo.

Todos los concurrentes se volvieron hacia donde estaba tendido el borracho, siendo muchos los que no sabían quién le había derribado.

—¿Quiere que nos vayamos?—preguntó Mollie.

—Creo que será mejor. Me parece que va a haber pelea aquí.

Apenas hubo Duke pronunciado estas palabras, empezaron a repartirse golpes en la taberna; y Mollie y Duke se vieron empujados hacia el piso alto del local. Corrieron para encontrar una salida y Duke halló una habitación cuya ventana daba a la parte posterior del edificio donde

guardaban los carros y los caballos.

Inmediatamente debajo de la ventana había un carro cargado de paja que ofrecía un aterrizaje seguro.

—Levante la cabeza, cierre los ojos y abajo—dijo Duke.

Mollie obedeció y cayó sobre la blanda paja, sin hacerse daño. Él siguió el mismo camino. Ambos quedaron sentados encima de aquel improvisado sofá.

El viejo Waco que había seguido de lejos a su amo, preguntó desde la ventana:

—¿Estás bien, Duke?

—Sí, perfectamente, Waco.

El cow-boy miró a Mollie riendo.

—Parece que estamos a salvo. Desde aquí oigo los trompazos que se están repartiendo en el bar.

—Yo creo que ésta es la aventura más interesante de mi vida.

—¡Bah, esto no es nada!

—¿Sabe qué hora es, Duke?

Ignoró el joven la pregunta e hizo otra por su cuenta.

—Me gusta su compañía. ¿Está usted casado?

—¿Cree usted que me estaría hablando con usted si lo fuera?

—¿Por qué no? Así no está casado.

—No, claro que no; pero no crea que es porque no tenga pretendientes—y Gregg, Malcolm y Bob apa-

recieron en la imaginación de la joven.

—Pues, ¿por qué?

—Porque todavía no he encontrado lo que quiero. Esto es todo.

—¡Oh!

—Y usted, ¿está casado?

—Tampoco, pero no vaya a figurarse que lo he intentado tampoco.

—¿Por qué no?

—No creo en las mujeres.

—Pues mucha gente se casa y parecen felices.

—Lo aparentan. Les da vergüenza confesar que se equivocaron.

—Estaba pensando que si en lugar de un carro de paja hubiese esperado un caballo al pie de esta ventana...

—¡Hum!...

—Hubiéramos montado en él y estaríamos cabalgando hacia algún lugar lejano.

—¿Sí?

—Sí, cabalgar durante la noche, veloces como el viento... ¿Cómo se llama su caballo?

—«Sammy».

—¿«Sammy»?

—¡Hum!

—¡Oh, es un nombre bonito para un caballo! ¡Arre, «Sammy», arre, «Sammy»! Yo también tengo un caballo.

—¿De veras? ¿Cómo se llama?

—«Gwendolyn».

—¿«Gwendolyn»? Debe ser un animal raro.

—Lo es. Es blanco, todo blanco, excepto una pequeña mancha en la frente...

—¡Bonito!

—Sí, tendría que verlo galopar durante la noche.

—¿Sí? Nunca he visto un caballo del Este que sirviera para tirar el lazo.

—«Gwendolyn» puede hacerlo todo.

—¡Oh!

—Por ejemplo, ¿qué altura puede saltar «Sammy»?

—Pues... no sé...

—No es para despreciar a «Sammy», pero «Gwendolyn» puede saltar tres metros.

—¡Caramba!

—Tres metros de altura.

—¿Puede correr?

—Sí, hasta puede correr hacia atrás.

—¿Hacia atrás?

—Bueno, no muy aprisa, claro.

—¡Oh, es maravilloso! Tiene la nariz como de terciopelo y la piel muy suave. Los ojos... tendría que ver sus ojos. Son, bueno, como dos luceros.

—Pues debe ser una maravilla. ¿Dónde lo tiene?

—En mi imaginación. Es el caballo blanco más hermoso que ha

existido. Con una pequeña mancha aquí—y Mollie se señaló la frente—. Pero, claro, la gran desventaja de «Gwendolyn» es que sólo lo puede ver mi fantasía.

Duke escuchaba divertido las explicaciones de la joven.

—Nunca había conocido a una muchacha como usted.

—Ni yo a un hombre como usted. Creo que es mejor que me vaya en busca del autocar.

—¡Vamos!—dijo Duke, saltando del carro y ayudando a Mollie a bajar.

—Sí, es mejor que nos vayamos.

Emprendieron el regreso hacia la población y apenas encontraron a nadie por el camino. Al llegar a la estación de servicio, no se veía a ningún empleado.

—Creo que llegamos demasiado pronto—dijo Mollie.

—Es posible—contestó Duke.

—Siempre llego temprano a todas partes. A los trenes, a los autobuses. Soy muy puntual.

—Está muy bien esto.

—Si alguna vez va al Este, a Nueva York...

—Desde luego, ¿Tiene usted un lápiz?

—No, no tengo ninguno.

—Yo tengo uno. Deme su número de teléfono.

—Plaza 3-3098.

—Plaza 3-3... 0...

—Nueve, ocho.

—Si llama alrededor de las seis de la tarde, me encontrará.

—No pienso ir al Este hasta dentro de un año, quizá.

—¡Oh, bueno! Me encontrará si llama alrededor de las seis.

—¡Muy bien! Ahora nos despediremos.

—Yo me pregunto, ¿dónde está mi autocar?

—Quizá esté a la vuelta de la esquina.

—¿Y si entráramos a preguntar en la oficina?

—Si quiere...

Mollie se acercó a la puerta de la oficina, que casi estaba a oscuras, y miró a través de los cristales.

—¡Oh! ¡Allí está mi maleta!

—¿Dónde?

—Allí, junto al mostrador. ¿Cree usted que el autobús ha podido marchar antes de las diez?

—¿Cómo sabe usted que ésa es su maleta?

—Porque veo mi pijama. Siempre dejo un trozo de pijama fuera, para saber cuál es la mía.

Mollie llamó con la mano a los cristales y apareció un guardián.

—¿Qué desean? ¿Es usted la que viajaba en el autobús iris?

—Sí. ¿Qué le ha pasado al autobús?

—Pues aquí está su maleta. Me encargaron le dijera que...

—¿Cómo es que ha salido antes de las diez, la hora que fijaron?

—¿Las diez? Usted debe haberse divertido mucho, señorita—dijo el guardián, y señaló al reloj de pared que marcaba la una menos cuarto.

La excursionista quedó perpleja. ¿Cómo había pasado el tiempo?

—¿Y qué hago yo ahora?

—Pues me encargaron le dijera que podía usted tomar el autobús cuando regrese.

—¿Cuándo regrese?

—Sí, regresa por Ciudad del Oro.

—¿Ciudad del Oro? Yo voy a montar en los rodeos de Ciudad del Oro el jueves, viernes y sábado.

—Entonces, puede la señorita alcanzar el autobús allí el sábado, a las ocho de la mañana.

—Pero no veré el desfiladero de Columbia, el Océano Pacífico, ni las cataratas de las Siete Delicias.

—Hay mucha gente que no las han visto—dijo el guardián.

—Pero yo debía verlo todo. Por esto pagué.

—Waco y yo iremos a Ciudad del Oro mañana. Puede usted venir con nosotros dos.

—¿Pensar que tengo el billete pagado para atravesar todo el país y sólo llegaré a Ciudad del Oro?

—No se enoje, Mollie, peor po-

dría haber sido. A lo menos no se encuentra sola.

—Gracias, Duke, pero no contaba con este contratiempo.

El guardián de la estación estaba escuchando las quejas de la joven viajera; observó que llevaba unas briznas de paja en la chaqueta.

—Yo no puedo decirle nada más, señorita, así es que muy buenas noches. Cepillese, que tiene paja en el traje.

—¡Oh, es verdad! —contestó Mollie, sacudiendo unas pajitas que tenía en el hombro.

El guardián se retiró y la extraordinaria pareja quedó en la acera, frente a la estación de servicio, sin saber Mollie qué partido tomar.

—¿Duke, usted no sabe, no puedo comprender, cuánto he deseado ver las cataratas de las Siete Delicias!

—No son gran cosa.

—Sí, ya lo supongo, pero cuando una apenas a visto un surtidor... Bueno, lo mejor será que busque hotel.

—Esto no será tan fácil como parece.

—¿Por qué?

—Siempre que se celebra una fiesta hipica, los hoteles están generalmente llenos, pero puede usted ocupar mi habitación.

—¿Dónde dormirá usted?

—Yo me arreglaré en cualquier sitio. Soy muy conocido aquí.

—Duke, es usted muy amable.

—¡Hum!

—Desearía que todas las jóvenes que se encuentran en apuros encontraran un hombre como usted.

—Pues vámanos al hotel.

Con paso rápido emprendieron el camino de la fonda donde se hospedaba Duke y su escudero, que no era más que uno de esos salones-tabernas, tan corrientes en el Oeste americano, en cuyo piso superior pueden alojar a unos cuantos huéspedes.

HACIA LO DESCONOCIDO

MOLLIE no tenía idea de dónde iba ni a lo que iba. Seguía ciegamente a aquel tipo extraño, al que había conocido pocas horas antes, y la existencia del cual desconocía en absoluto, tan sólo ayer.

No podía negarse que le atraía extraordinariamente, pero al mismo tiempo temía verse envuelta en una aventura que podría tener su aspecto desagradable.

Había momentos en que hubiese querido pararse en mitad del camino y decirle:

—¡Basta ya! ¡No doy un paso más con usted!

Para hacer esto se necesitaba un valor que Mollie no tenía ciertamente, y por otra parte, un planteo semejante se podía hacer en una

ciudad del Este, donde se encuentra un policía en cada esquina; pero ¿era posible en un villorrio del Oeste, donde no había más que un «sheriff», que se hallaba jugando a cartas en la taberna?

Duke adivinaba el pensamiento de su acompañante y la dejaba divagar.

—¿En qué está usted pensando? —preguntó al fin el «cow-boy», cansado ya de tanto silencio.

—¡Oh, en nada!

—Eso no es posible, Mollie. Estoy seguro de que su cabecita está dando más vueltas que las aspas de un molino.

—No lo crea.

—¿Quiere usted contestar a una pregunta?

—¿Una solamente?

—Sí, con una me basta. ¿Tiene usted miedo?

Mollie sentía mucho miedo, pero tampoco era caso de confesarlo en aquel momento y su astucia o coquetería de niña de ciudad acudió en su auxilio.

—¿Pretende usted, Duke, que le diga que le temo?

—Mire, hijita, los «cow-boys» no somos niños de salón: ni sabemos sostener torneos de diálogo. Sólo le pregunto si tiene miedo.

Mollie no se desconcertó.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿A quién?

El «cow-boy» empezaba a perder la paciencia y andaba rápidamente.

—No puedo seguirle, Duke, si continúa andando tan aprisa. Siga hablando de miedo.

Sin duda, ella había ganado aquella batalla, porque Duke no quiso insistir, y Mollie, viendo que llevaba ventaja, continuó su juego de palabras.

—Pues en realidad, no soy una muchacha miedosa; de lo contrario, estaría ya gritando.

—Está equivocada. Le taparía la boca al primer grito.

Duke ilustró la frase pasando la mano muy cerca de la carita de su acompañante y ella no pudo reprimir un chillido.

—No sea tonta, mujer, no ha

llegado todavía el momento de tener que zumbarla.

—¿Cree usted que llegaremos a eso?

—Por mi parte, no; pero no puedo responder de si usted cometerá alguna tontería que me obligue a ello.

—Duke, está usted demasiado pagado de si mismo. Si viene algún día a Nueva York, verá como toda esa bravuconería no sirve allí para nada.

—Por eso no voy allí, mi querida amiga.

—Pero después de haberme conocido a mí, la cosa será distinta.

—No presumas, porque puede llevarse un chasco.

—¿Es la primera vez que tropiezas con una chica como yo?

—Todas las chicas son iguales y he tropezado con varias.

Mollie se sintió molestada y no contestó.

Siguieron andando con paso mucho más lento del que habían emprendido la marcha, y la noche, aunque sin luna, era agradablemente iluminada por las estrellas.

—Mollie, ¿se ha fijado en las estrellas de nuestro cielo?

—Son iguales a las de Nueva York.

—No lo crea. En Nueva York necesitan luz eléctrica para iluminar

las calles, y aquí no necesitamos nada.

Duke miraba al cielo, extasiado. La señorita de la ciudad no pudo menos que admirarle en aquel instante de sincero homenaje al firmamento que le iluminaba y que en su rústica manera de ser consideraba totalmente distinto al de Nueva York.

—Duke, el día en que este pueblo adquiriera las dimensiones de una gran ciudad, también necesitarán luces eléctricas, y entonces le parecerá a usted que las estrellas brillan menos.

—Entonces me irá a otra parte, donde las estrellas sigan brillando igual.

—Es usted un iluso a pesar de todo.

—He vivido siempre en plena naturaleza y no comprendo cómo pueden resistir la vida de la ciudad. Infinidad de almas almacenadas en pisos que no son más que tumbas, unos encima de otros. Yo me asfixiaría, créalo.

—En cambio, yo, en estas llanuras, me moriría de aburrimiento.

—No ha muerto todavía y lleva ya varias horas en el pueblo.

—Ahora estoy en plena aventura, no sé dónde voy, no sé por qué me encuentro aquí, a su lado...

—¿Le molesta mi compañía?

—En estos momentos, no sólo no me molesta, sino que me es indispensable.

—¿Conque en estos momentos? Pero si el autocar estuviera en la próxima esquina, usted echaría a correr y... «Adiós, Duke; le estoy muy reconocida por todas sus atenciones».

—No soy tan desagradecida.

—Ahora no, porque ni soñar puede dónde se encuentra el autocar; pero más adelante ya lo veremos.

—La culpa de que lo haya perdido ha sido suya.

—Y de usted.

—¿Mía?

—Sí, de usted. Ha tenido muy poca ansia en estar al corriente de la hora que era, y, como ha podido ver, el retraso no ha sido precisamente de cinco minutos.

—Entonces he de suponer que todo lo ocurrido ha sido culpa mía; que usted se cayera del caballo, que nos conociéramos, que...

—Acepto una parte de la responsabilidad en haberlo hecho perder el coche; pero no me negará que tampoco usted se ha preocupado mucho de cómo corría el tiempo.

—Era todo tan maravilloso, tan nuevo e inesperado.

—Sí, la aventura del Oeste, lo que ansiaba, se ha presentado en

un momento en que no lo sospechaba.

—Sí, tal vez... pero podría haber encontrado un caballero más galante.

—No se cría en el Oeste esa clase de ganado.

—Los buenos modales están bien en todas partes.

—¿Quiera usted decir que soy un mal educado?

—¡Oh, no! Hablaba en términos generales. Es usted un poco brusco.

—¿Nada más que un poco?

—Verá, comparado con mis amigos de ciudad...

—¿Tiene usted muchos amigos en Nueva York?

Mollie sonrió porque acudieron a su mente los tres que la habían ido a despedir el día de su partida. Ninguno de ellos aparecía muy agradecido. Duke, físicamente, era superior a los tres juntos.

—¿De qué se ríe?

—Francamente, me reía de mis amigos.

—¿Tan raros son?

—No es que sean raros, pero son muy distintos de usted.

—Me alegro.

—¿Por qué se alegra?

—Porque si yo hubiese sido como ellos, le parecería que se encuentra otra vez en Nueva York.

—¡Pobres muchachos!

—¡Vamos, no se preocupe por ellos, que a estas horas estarán divirtiéndose con otras muchachas!

Si Duke intentaba despertar los celos o la indignación de Mollie, se equivocó, ya que ella no sentía absolutamente nada por sus tres admiradores.

—Oiga, Duke: el hotel donde usted se hospeda debe estar muy lejos.

—No mucho.

—Pues hace muchísimo rato que estamos andando y nunca llegamos.

—Sí que llegamos, pero cuando estamos cerquita, busco otro camino y seguimos paseando.

—Duke, eso no está bien.

—¿Por qué no está bien, Mollie?

¿No se da cuenta del encanto de esta noche? Antes le he hablado del brillo de nuestras estrellas para despertar en usted la admiración por este rincón de la naturaleza y me ha contestado que estas estrellas eran las mismas de Nueva York.

¡Oh, qué ciega está usted! ¡No siente la belleza! Todo le pasa inadvertido, cree que todo es igual. Ha visto un rodeo y un par de indios y ya se imagina que ha visto el Oeste, cuando en realidad no ha visto nada. Ahora es el momento de ver, de sentir esta tierra. ¡Una vez más, Mollie, mire al cielo! ¿No ve cómo brillan aquellas estrellas?

En su entusiasmo, Duke cogió a

Mollie por los hombros, y con una mano levantó su cabeza para que mirara al cielo. Ella, en realidad, estaba asustada y obedeció como una chiquilla; al mismo tiempo, estaba impresionada por la emoción de Duke, al que veía transfigurado. No era el bruto «cow-boy» de la tarde que ganaba el rodeo; era el alma del Oeste, que se había cruzado con ella para mostrarle toda la belleza de aquel paraje.

Duke se separó de Mollie y la miró de pies a cabeza. El grito de un coyote turbó el silencio de la noche, y la joven, asustada, se acercó a su acompañante.

—No tema, Mollie; son nuestros amigos, no nos harán nada. Además, están muy lejos.

—¿Duke, tengo miedo?

El «cow-boy» sonrió para sí, sin hacer ningún comentario.

—¿Dígame que es hermoso todo esto!

—Lo es, Duke, y dudo que nadie hubiese podido demostrarme su hermosura como ha conseguido hacerlo usted. ¡Es realmente bello!

—¿Piensa aún en Nueva York?

—Si supiera con qué desgana regresaré a la ciudad después de este viaje.

—No regrese.

—Es indispensable.

—¿Por qué?

—Allí tengo mi trabajo.

—Trabajo lo hay en todas partes.

—Yo no puedo ganarme la vida de rodeo en rodeo como hace usted.

—¡Cuidado! Yo no le he propuesto que me haga la competencia.

Mollie rió de buena gana la ocurrencia de Duke.

—Es muy natural. Sólo quería decir que yo no tengo nada que hacer en esta tierra.

—¿Está usted segura de ello?

—Sí.

—Es usted muy decidida.

—En estos tiempos no se puede ser indeciso. Se pierde la mitad de la vida, y ésta es muy corta.

—Habla usted como una vieja.

—Oiga: ¿estamos lejos o cerca del hotel ahora?

—En realidad, no lo sé. Deje que me oriente.

Duke miró al cielo, consultó el reloj, dió dos vueltas y se echó a reír.

—Temo que nos hemos perdido.

—¿Otra vez?

—No me había dado cuenta de que nos hubiéramos perdido antes.

—Estoy rendida.

—¡Bravo! Nos sentaremos un rato, aquí mismo, en el suelo, y así recuperaremos fuerzas.

—No, no, es muy tarde.

—¿La espera alguien?

—Sí, Wacco.

—¿Mi escudero?

—Sí. No me espera a mí, pero le espera a usted.

—Nunca me espera. Se echa a dormir y poco se preocupa de su amo. Es el criado ideal. Siéntese, Mollie, aunque sólo sea un instante. Acaba de confesar que está rendida.

La joven accedió a lo que se le pedía, pues en realidad estaba muy fatigada. Las emociones habían sido muchas y todavía no sabía adónde iría a parar.

—Este vivir de espaldas al reloj, sin preocuparse por nada, tiene su encanto, Duke.

—Estoy cansado de decírselo, pero no me hacía caso. Celebro que se haya dado cuenta de ello.

—Pero la vida así no es posible.

—Eso le parece a usted porque vive en una ciudad donde todo son números y las calles parecen una libra de chocolate; unas hacia arriba y otras hacia abajo, dejando en medio la pastilla donde viven ustedes almacenados. En cambio, nosotros no tenemos bastante con esa inmensa llanura, y en lugar de ir todos juntos, como hormigas, nos gusta vernos solos en pleno campo, sin más sombra que la nuestra propia, andando por donde nos place, sin calles ni caminos, pasando del monte al llano, cruzando el río cuando interesa y parándonos como ahora

a contemplar esta inmensidad sin que nadie pueda venir a molestarnos diciendo: «Sigán andando».

—Soy yo quien lo dice, Duke. Sigamos. No quiero que sus amigos los coyotes se lleguen hasta nosotros.

—¡Cuánta ignorancia! Los coyotes no llegan nunca al poblado en verano, y aunque le parezca que estamos muy lejos, tenemos las casas a poca distancia.

Mollie se puso en pie. Duke se levantó también.

—Ahora quisiera pedirle un favor.

—Pida lo que quiera.

—Que nos dirijamos al hotel rápidamente, sin más excursiones ni éxtasis ante el cielo del Oeste.

—¡Qué alma más pequeña! La tierra recortada, como las calles de Nueva York.

—No sé por qué me habla tanto de mi pobre ciudad.

—Porque la detesto.

—¿A quién? ¿A la ciudad o a mí?

El «cow-boy» no contestó.

—¿No merece contestación mi pregunta?

—¿Qué ha dicho?

—Duke, ¿es usted un bruto?

—Gracias, pero me parece que no merezco ese trato.

—Perdone, Duke.

—No puedo perdonarla. Por tra-

UNA CHICA SE DIVIERTE



—¡Hola, piernas torcidas, holgazanes! ¿Cómo estáis?

—Mi nombre es Lambert, el sonriente Lambert



—Señorita, usted debe haber oído hablar de la vieja costumbre india de arrancar el cuero cabelludo a los blancos.



Los pasajeros se dispusieron a dormir y uno de los niños se creyó obligado a jugar a piel roja.

UNA CHICA SE DIVIERTE



— ¡Está bien! Haré lo que pueda.

Duke estaba maravilloso montado sobre un potro indomable.



Duke perdió la paciencia y, sin vacilar, dió un puñetazo certero al borracho.



—¿Está usted segura de que no se ha roto nada?



—Waco, ¡vamos a ceder
nuestra habitación! a] Mo-
llie!

—Si hubiésemos monta-
do aquel otro caballo nos
hubiésemos llevado el pri-
mer premio.



—¿Le gustaría a usted
que la ntase?



—Deme su número de
teléfono.

UNA CHICA SE DIVIERTE



Medio muerta de miedo
corrió hacia donde estaban
los dos hombres.

—¿Cree que tengo que
pasar un año aquí?



—Bob, te aconsejo que
no te metas en lo que no
te importa.



—Vamos, Mollie, ven
conmigo y me lo contarás
todo...

tarse de una señorita de la ciudad, debería saber cómo habla.

—No quise ofenderle.

—Pues me ha ofendido.

—Usted se hizo el sordo.

—¿Qué quería?

—¡Nada!

—Pues entonces no discutamos más y adelante.

—¡Estoy cansada!

—Mollie, no hay manera de ponernos de acuerdo. Cuando la invito a sentarnos tiene prisa por llegar al hotel, y cuando emprendo la marcha, entonces me dice que está fatigada. ¡Oh, mujeres!

—¿Por qué me ha llevado tan lejos?

—Tenia ganas de hablar.

—¿No podíamos hablar en el hotel?

—Cuando vaa el local comprenderá que estamos mucho mejor aquí.

—Me lo imagino, pero es imposible rondar toda la noche.

—Tal vez tenga razón, y será conveniente pensar en serio en retirarse.

—Le suplico que lo piense tan en serio como pueda y demos pronto la jornada por terminada.

—No me negará que la aventura no ha sido desagradable del todo.

—Podría haber sido peor.

—¡Coqueta!

—¡Pretensioso!

—No sé por qué me ha de llamar nombres raros. Apenas hace cinco minutos me ha llamado bruto con toda su alma.

Mollie se puso a reír.

—¿Le hace gracia?

—Sí, mucha.

—Más vale así. Prefiero verla reír a que lllore. No puedo sufrir una mujer llorando.

—Le da pena, ¿verdad?

—No, me dan ganas de darle un bofetón.

—Es usted muy especial... Y si usted es el causante de las lágrimas, entonces, ¿qué?

—Nunca he hecho llorar a ninguna mujer!

—¿De veras?

—Le doy mi palabra de honor.

Mollie miró fijamente a Duke y vió que hablaba muy serio.

—¿No me cree?

—Sí, Duke, le creo.

—¿Ve aquella luz?

—Sí.

—Pues ya llegamos al hotel. ¿Está contenta?

—¡Sí! ¡Muchísimo!

PEQUEÑAS COMPLICACIONES

LOS dos jóvenes llegaron al local, pomposamente llamado hotel, y en el café había varias mesas, alrededor de las cuales se veían hombres bebiendo y jugando al poker.

Cuando entró Duke, algunos le saludaron y se volvieron para mirar a la muchacha que lo acompañaba. Bonita y elegante, procedente de Nueva York a todas luces, llamaba la atención en aquel ambiente de vino, juego y pistolas.

—Me parece que todo el mundo me mira—dijo Mollie mientras ascendían la escalera.

—No les haga caso. Es muy natural que la miren. Las chicas de aquí son muy distintas.

Antes de desaparecer en el piso, Duke se dirigió al camarero:

—Mande una botella y dos vasos a mi habitación.

—Muy bien, se subirá en seguida.

Mollie iba observando aquella casa y estaba relativamente satisfecha de encontrar dónde poder alojarse.

—No está mal este hotelito.

—Me alegra que le guste.

Duke abrió la puerta y se vió una habitación con dos camas de hierro, una cómoda, un armario, un lavabo portátil y una mesita en el centro. En una de las camas dormía alguien.

—¡Waco, vamos a ceder nuestra habitación a Mollie!

Como movido de un resorte, el escudero se sentó en la cama.

—Es usted muy amable, Duke—dijo Mollie.

UNA CHICA SE DIVIERT E

—Bueno, bueno, bueno — dijo Waco, resignado, y levantándose de la cama se envolvió con todas las mantas y desapareció.

—Me sabe mal haber echado a Waco de la cama—dijo Mollie.

—No se preocupe, estamos acostumbrados, incluso a dormir al raso y a oír los coyotes y «wendingos» aullar a menos de veinte metros.

—¡Qué horror!

—Esto es el Oeste americano, mi querida Mollie, no lo que cuentan los folletos y tarifas de viajes.

—Duke, no encuentro palabras para decirle lo bien que lo he pasado.

—No hay para tanto... ¿Quiere que le ayude a sacar su equipaje?

—¡Oh, no se moleste! Ya lo arreglaré cuando esté sola.

—Vea, aquí hay un buen armario—dijo Duke mientras abría las puertas de un enorme ropero.

—Sí, sí, ya veo; lo encuentro todo maravilloso.

—¿No le parece que sería mejor sacar la ropa de la maleta, para evitar que se arrugue?

—No, no, ya he dicho que lo haré yo.

A pesar de las protestas de Mollie, Duke había abierto la maleta, pero vista su insistencia en arreglar-se sola no dijo nada más.

Alguien llamó a la puerta. Era el

camarero, que subía el whisky y dos vasos. Mollie se extrañó un poco ante aquello.

El cow-boy se dio cuenta del azoramiento de la chica y procuró continuar hablando para tranquilizarla.

—Aquí hay una cómoda estufa. Mucho sitio en los cajones, para todas las pequeñas cosas...

—¿Cree que tengo que pasar un año aquí?

—No; mañana marchará usted con nosotros a Ciudad del Oro, pero aunque sea por una noche, conviene estar confortable.

Mollie seguía observando a Duke y esperando el momento en que se decidiera a marchar.

De repente se colocó ante la chica y cogiéndola por los hombros, mirándola desde su altura, exclamó:

—¡Mollie, está usted muy guapa!

—¡Duke!...—casi gritó Mollie, asustada y tratando de desasirse de aquellos férreos brazos que la tenían prisionera por los hombros.

—¡Quisiera decirle algo!

—¿Qué quiere decirme?

Duke no dijo nada, pero algo extraño veía Mollie en sus ojos, y haciendo un movimiento brusco, logró soltarse, cogió la maleta e intentó salir. El cow-boy la había abierto antes y al cogerla la joven con violencia, todo su contenido cayó al suelo.

—¿Dónde va?

—Prefiero ir a dormir al parque, aunque no haya allí más que osos y tigres.

—Quédese, ya me voy. No necesito compañía para beber.

Salió el joven de la habitación, dejando a Mollie recogiendo las prendas que se habían caído de la maleta famosa.

Por más que intentó descansar no le fué posible a Mollie conciliar el sueño. Temía a cada paso que Duke volviera y en cuanto amaneció salió del hotel, dispuesta a ir andando hasta Ciudad del Oro, ignorando la distancia que había, con la esperanza de alcanzar allí el autobús.

No había andado mucho cuando le pareció oír el rumor de un coche y mirando hacia el pueblo vió, en efecto, un soberbio automóvil, seguido de un remolque, que iba hacia su misma dirección.

Cuando se acercó el transporte, Mollie vió con estupor que eran Duke y Waco, y en el remolque llevaban al caballo «Sammy».

En cuanto Duke se dió cuenta de Mollie, paró el coche.

—Suba, vamos a Ciudad del Oro.

Continuaba Mollie considerándose ofendida y mirando a los dos hombres con altivez, contestó:

—No se preocupe por mí.

—Ande, suba.

—No, muchas gracias.

El coche estaba en el centro de la carretera y ella en la cuneta.

—Es muy arisca—dijo Duke dirigiéndose a Waco.

—¿Sí? ¿Por qué no quiere venir con nosotros?—preguntó Waco a su amo.

—No sé. No es mi tipo. Es muy recelosa.

—Muy puritana...

—Nada de eso, sólo arisca.

—De todas maneras, Duke, has de reconocer que da lástima la pobrecita. Sola por la carretera, y cargada con una enorme maleta. Y no quiere viajar con nosotros. ¿Por qué será?

—Por mi parte que haga lo que quiera...

Duke había puesto al coche en marcha.

—¿De dónde es?—preguntó su compañero.

—No lo sé. De alguna parte de la ciudad de Nueva York.

—Bueno, como ya dijo alguien, «El Este es el Este y el Oeste es el Oeste y nunca pueden congeniar», o algo así.

—¡Cállate!

El auto de Duke pronto dejó atrás a Mollie, pero ésta logró subir en un coche de turismo de mucha más potencia que el de Duke y al poco rato les alcanzó. Los dos hombres la

vieron pasar y ella ni se dignó mirarlos. Desgraciadamente para Mollie el coche que la conducía no iba a Ciudad del Oro y recorridos unos cuantos kilómetros tuvo que apearse en seguida.

Se sentó en un guardarruedas de la carretera a esperar que pasara otro vehículo y la condujera a su destino nuevamente. Nuevamente la alcanzó Duke. Ella volvió la cabeza y él esta vez no le dijo nada.

Un camión la llevó unos cuantos kilómetros más y cuando por tercera vez la alcanzó el coche de Duke, se dió por vencida.

Estaba sentada en un montículo, junto a la carretera, rendida y desesperada sin saber cómo podría solucionar aquel conflicto, pues la estación del ferrocarril también estaba muy lejos; así es que cuando Duke paró el coche no tuvo que hacer más que una seña y ella saltó al estribo, sentándose en el asiento delantero, entre Waco y su amo.

Continuaron el viaje en silencio. Mollie no tenía deseos de hablar. Había aceptado la invitación porque no le tocaba otro remedio, pero no estaba dispuesta a dar más confianzas al cow-boy.

Cuando anocheció estaban lejos de todo poblado y los dos hombres creyeron oportuno hacer alto y buscar un sitio en la campiña donde pa-

sar la noche. Mollie se enteró de sus planes y no le hizo mucha gracia la idea de pasar la noche al raso, pero no había más remedio, porque el coche era descubierto.

Hallaron al fin un rincón relativamente acogedor en pleno y después de sacar al caballo del remolque para que hiciera un poco de ejercicio, Waco encendió fuego y se dispuso a preparar la cena. Aunque no era tiempo frío, la noche resultaba fresca y el fuego no molestaba. Los tres viajeros se habían sentado a la lumbre y Duke intentó reanudar la conversación con la arisca Mollie.

Waco procuraba reconciliar a los dos jóvenes.

Habían terminado de cenar y continuaban silenciosos.

—Nunca olvidaré la primera vez... —empezó a decir Waco.

—Anda a lavar los platos, Waco.

—Lo que tú mandes, Duke.

El viejo abandonó su sitio y recogiendo los platos fué a lavarlos según su sistema.

En cuanto quedaron solos los dos jóvenes, Duke habló:

—Escuche, señorita Truesdale: ¿existe algún motivo para que usted y yo estemos sentados aquí, insultándonos?

—Si yo la he insultado, señor Hudkins, lo siento.

—No me llame señor Hudkins.

—Nombrarle a usted en otra forma, no estaría bien para una señorita, señor Hudkins. ¡Qué bella noche!

—Sí, encantadora —dijo Waco, llegando de nuevo.

—¿Ya ha lavado usted todos los platos?—preguntó Mollie.

—No diré que hayan sido lavados, pero al menos no atraerán las moscas, creo.

—¡Oh!—exclamó Mollie, extrañada.

—Recuerdo que hace mucho tiempo... —empezó a explicar el viejo Waco.

—Es hora de dormir y no de contar historias, Waco—dijo Duke. Señorita, espero que no le molestará dormir en el mismo desierto que yo.

—No, hay mucho espacio aquí. La noche es muy fresca, ¿verdad?

—Sí—contestó Waco.

Duke les había dejado otra vez, para arreglar al caballo, pero volvió en seguida.

Cuando Mollie se quedó con Waco, no pudo menos que hacer un comentario.

—Es curioso, Waco, lo que me pasa. Ayer, cuando conocí a Duke, pensé que era uno de los hombres más agradables que había conocido.

—Sí, casi siempre causa esta impresión al principio.

Regresó Duke, seguido de su fiel caballo. El primero iba cargado con varias mantas.

—Toma, Waco, ésta es para ti—y entregó una manta a su criado— ¡Márchate!—gritó al caballo, que le seguía como un perro.

El animal se marchó galopando.

—¿Qué le pasa?—preguntó Mollie.

—¡Nada, está contento porque le he dejado en libertad!

Volvió «Sammy» junto a su amo relinchando.

—¡Oh!—exclamó Mollie.

—No tenga miedo. Quieto, caballito... «Sammy», ¿estás celoso? Te alarmas sin razón.

Duke cogió el caballo por el ronzal y acariciándolo lo acompañó hasta donde estaba el auto. Lo cubrió con una manta y después de haberle acariciado la cabeza le dijo:

—Vamos, ahora a descansar. Buenas noches, muchacho.

—¿No lo ata usted?

—¿Le gustaría a usted que lo atase?

—No, no me gustaría.

—Entonces...

—Pero es que yo no soy un caballo.

—¿Dónde está la diferencia?

—La hay, y mucha.

—No, para un caso así no la hay.

—Bueno, creo que todo depende de como usted lo mire.

—Todo lo que ata a uno en la vida es malo, como un empleo fijo, o ser propietario de un rancho, o...

—Yo creía que a todos los cow-boys les gustaba la idea de llegar a ser propietarios de un rancho,

—¿A todos? A mi no. Si fuera propietario de un rancho, ¿podría ir adonde quisiera? ¿Hacer lo que me diera la gana?

—Suponga que no.

—Suponga que en lugar de poseer sólo a «Sammy», tuviera veinte caballos, sería un tratante de caballos y a mí no me gusta más oficio que el que tengo. Vivir como me agrada... y solo.

—¡Oh!

—Es magnífico; debería probarlo alguna vez.

—No, no lo creo. Debe ser muy aburrido.

—Quizá, pero no me gustan los compromisos. ¡Buenas noches!

—Buenas noches.

M

«SAMMY» ESTORNUDA

MOLLIE había recibido una manta de manos de Duke y con ella se acomodó como pudo, más cerca del caballo que de los dos hombres, que se habían situado en otro extremo, para dormir. La falta de costumbre de dormir en el suelo hacía que Mollie no acertara en encontrar la posición para intentar reconciliar el sueño y no hacía más que dar vueltas.

De repente, la luna que brillaba débilmente, fué cubierta por una nube y sopló un viento frío. Mollie estaba tiritando. Recordó que el caballo tenía una manta y sin ningún cumplido se la quitó. Con dos mantas la temperatura se hacía más soportable y entonces creyó que podría descansar un rato, pero en

aquel momento se oyó al aullido de un lobo a poca distancia. Mollie recordó lo que había dicho Duke de las noches pasadas al raso y medio muerta de miedo corrió hacia donde estaban los dos hombres. Estos dormían como dos benditos y no se atrevió a despertarlos y en lugar de volver a su sitio se quedó allí cerca, porque se sentía más a salvo de los lobos y los coyotes.

El viento seguía soplando con fuerza y espesas nubes cruzaban el firmamento. «Sammy» relinchaba, nervioso, y esto despertó a Duke. Su primera mirada fué para «Sammy» e inmediatamente se dió cuenta de que no llevaba la manta. Corrió hacia el caballo con verdadera solicitud.

—¿Qué es eso, «Sammy»? ¿Qué

has hecho de la manta? ¡Grandísimo idiota!

—¿Qué es tanto ruido?—preguntó Mollie, despertando cuando hacía poco que había empezado a dormir.

Duke gritaba como un desesperado.

—¡Waco! ¡«Sammy» ha estornudado! Prepara el coche.

—¡Caramba, creí que habían llegado los indios.

—¡Date prisa! Tenemos que llegar a Ciudad del Oro, y pronto. Anda, «Sammy», sube al remolque.

—Bueno, de todas las tonterías que he visto, en mi vida...—empezó Mollie.

—¡Mollie! Usted no respeta nada... ¡Quitarle la manta al caballo!

—Si «Sammy» estornuda, no se desayuna, no se come.

—¿No tiene miedo de volver a perder su autobús?

—No viene hasta mañana. No comprendo tanto aspaviento porque un caballo ha estornudado. Después de todo sólo es un resfriado de nariz y yo he tenido muchos resfriados.

—¿Y usted es la que no sabía ver la diferencia entre una señorita y un caballo?

—Le suplico que no vuelva a empezar con sus impertinencias, Duke.

—¿Ha pensado por un momento

lo que representaría para mí la muerte de «Sammy»?

—El hecho de que haya estornudado no quiere decir que tenga que morir.

—El relente de la noche es muy peligroso y el caballo es uno de los animales más delicados.

—Ya verá usted cómo no le ocurre nada a «Sammy».

—Ahora hemos de dirigirnos al pueblo para que le visite el veterinario. Mejor dicho, el veterinario vendrá a nuestra posada para verle, no está el animal para andar mucho.

—¡En mi vida había visto semejante cariño por un animal!

—Pues ha visto usted muy pocas cosas, señorita.

—Ya sé que viajando se aprende.

—No discutamos más. Suba al coche y en marcha.

De nuevo en el camino aquel extraordinario trío: Duke, al volante; Mollie y Waco, sentados en la banqueta delantera. Detrás, el remolque donde iba el pobre caballo enfermo.

El cow-boy no despegó los labios durante todo el trayecto. Mollie le miraba de reojo de vez en cuando, pero él la ignoraba en absoluto. Waco la consolaba con alguna sonrisita, si bien no se atrevía a hablar por miedo a que su amo le mandara callar.

El camino hasta Ciudad del Oro

parecía interminable y Mollie empezaba a estar arrepentida de haber aceptado aquella invitación de dos hombres a los cuales era evidente que les estorbaba. No obstante, como no tenía otro medio para recuperar el autocar, se resignó a que Duke la tratara con una indiferencia que rayaba en desprecio desde el momento en que cayó enfermo su potrillo.

Se vela un poblado a lo lejos y Mollie preguntó tímidamente a Waco si era Ciudad del Oro. Antes de que el escudero tuviera tiempo de responder, Duke dió un estentóreo «sí».

—Gracias, Duke.

De nuevo reinó el silencio entre los viajeros y cuando ya pasaban por las primeras casas del pueblo, Duke tomó una calle hacia la izquierda, introduciéndose en el patio de una casa, donde salieron a recibirle con grandes demostraciones de alegría.

Bajaron del coche y ni Duke ni Waco hicieron el menor caso de Mollie.

—¿Qué te pasa, Duke?—preguntó el que parecía ser el amo de la casa.

—Traigo a «Sammy» enfermo. Avisad inmediatamente a Humbolt, el veterinario, que venga a verle. Ahora lo descargaremos para colo-

carlo en una cuadra donde pueda estar tranquilo.

Varios hombres se prestaron a realizar este trabajo que Duke dirigía con extraordinario interés.

Mollie observaba todas aquellas ceremonias en silencio. Alguno de los hombres la miraba, pero sin duda era tan seria la cuestión de la enfermedad de «Sammy» que nadie se atrevía a gastar bromas.

—Estará mejor fuera, en el patio, sobre un montón de paja, que en la cuadra—dijo el amo de la casa—Peter, Roberto, traed paja y arreglad este rincón para «Sammy».

Con extraordinaria diligencia los dos mozos hicieron lo que se les había pedido y finalmente depositaron allí al caballo, que se desplomó sobre la paja. La escena resultaba un poco patética y el semblante de Duke demostraba que estaba preocupado de veras.

—¿No llega todavía Humbolt?—preguntó Duke.

—Ha dicho que vendría en seguida—contestó un mozo.

—Es que yo tengo necesidad de ir al cercado, donde he de montar esta tarde y debo elegir caballo. No puedo contar con «Sammy».

Iba pasando el rato y se supo que el veterinario había sido llamado a otro punto, algo lejano, y tal vez no

llegaría hasta primeras horas de la tarde.

La nerviosidad de Duke era extraordinaria. No sabía qué hacer. Miraba al caballo, se iba, volvía y al fin se decidió a ir al cercado.

Así pasó la mañana también para Mollie, que sintiéndose en parte responsable de lo que le ocurría a «Sammy», quería estar allí hasta conocer el diagnóstico del veterinario.

Serían las tres de la tarde cuando llegó Humbolt y el caballo continuaba tan abatido como a primera hora.

—Siento haberle hecho esperar tanto, Duke, pero tengo tanto trabajo, y las fincas están tan apartadas.

—No importa, Humbolt, la cuestión es que ya esté aquí—repuso Duke.

El veterinario examinó al animal cuidadosamente.

—Su caballo está bastante enfermo, Duke. Al principio pensé que se trataba sólo de un resfriado, y tal vez no sea más que eso... Pero no tengo la seguridad... Creo que andar con rodeos todavía es peor. Podría ser un principio de pulmonía, tal vez no. Si reacciona, se pondrá bien rápidamente, pero si es pulmonía no habrá nada que hacer. Le daré una inyección y veremos qué ocurre. Ahora usted márchese al

rodeo, el público le espera, y cuando regrese a eso de las cinco, sabremos a qué atenernos. Es un magnífico caballo, Duke. Cree que hará todo lo que pueda para salvarle.

—Tiene razón el señor Humbolt—dijo Waco—. Se está haciendo tarde para nosotros, Duke. Vámonos.

Mollie estaba junto al caballo escuchando la conversación, pero no se atrevía a hablar.

—Preferiría ser yo el enfermo—dijo Duke—. Yo podría decirle dónde me duele y «Sammy» no puede.

—Duke, todo fué culpa mía—dijo Mollie al fin—. Si le ocurre algo serio a «Sammy», nunca me lo perdonaré.

—No se preocupe, Mollie; a pesar de todo, para mí ha sido un placer conocerla.

Duke alargó la mano distraídamente a la joven y así se despidieron.

—Waco, voy a buscar el lazo y vuelvo en seguida—dijo Duke a su criado.

—Tenía razón en lo que yo pensaba de él—dijo Mollie.

—¿Qué?—preguntó Waco.

—Es el hombre más extraordinario que he conocido.

—¡Claro que sí!

—Es el hombre que conviene a una buena muchacha.

El vejete sonrió maliciosamente.

—¿Sí? ¿Eh, Mollie?

—Yo no me voy todavía. Me quedaré aquí haciendo compañía al pobre «Sammy». No me interesa presenciar el rodeo. Tengo recuerdos poco agradables de esas fiestas hípias del Oeste.

—Podía haberlo pasado mucho peor.

—Duke me ha humillado mucho.

—No le haga caso. El no es rencoroso.

—Yo tampoco; pero ¿se ha fijado en la cara que ponía durante el viaje?

—No pensaba más que en «Sammy». Estoy seguro de que no se daba cuenta de que usted estaba sentada a su lado.

—Pues yo, sí. Bueno, yo me quedaré aquí y si pasa alguna cosa, ya les avisaré.

—Mollie, antes de marcharme

quisiera darle un pequeño consejo.

—Diga.

—Le aconsejo que se vaya.

—Saldré mañana en el autobús.

—Váyase ahora.

—¿Por qué?

—Mollie, yo soy un viejo con mucha experiencia y usted me es simpática; conozco a Duke y conozco a las mujeres... a todas. Comprendo todos los méritos de usted. Es una buena chica, pero si no pone cuidado, alguien le robará el corazón. El amor es lo mejor que existe en la tierra, pero usted se ha equivocado de cow-boy.

—Un hombre que quiere a su caballo como Duke quiere a «Sammy», es capaz de amar de veras a una mujer.

—¿Sin duda alguna!

Duke apareció en el patio y sin acercarse adonde estaba Mollie hablando con el criado, dijo:

—¡Waco, vámonos, que es ya tarde!

EN LA FIESTA HIPICA

L A noticia de la enfermedad del potro «Sammy» era conocida en toda la Ciudad del Oro y cuando llegó al cercado, todos los ganaderos y caballistas que allí estaban se apresuraron a preguntarle por su fiel animal.

—Temó que me quedará sin mi «Sammy». Bueno, enseñadme qué caballo he de montar.

Slim, encargado de la distribución de las monturas, enseñó un bonito potro a Duke.

—Es buen caballo, pero hay que vigilar que no baje la cabeza. No hay que fiarse mucho.

—Parece un excelente animal.

—Tiene algún vicio.

—Ya le haré entrar en cintura. Déjame probarlo.

Montó Duke el caballo y sin molestarle con las espuelas dió un par de vueltas en la arena sin que ocurriera ningún incidente.

—Ya saldré del paso con él.

Un cuarto de hora después empezó la fiesta. Varios caballistas realizaron la prueba de ensillar caballos que jamás habían conocido la montura. Se soltaron vaquillas que los cow-boys dominaron con su habitual destreza y Duke hizo también sus números.

Cuando hubo terminado la primera parte se acercó adonde le esperaba Waco.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Todavía te falta una hora.

—Te pregunto qué hora es.

—Las cuatro y diez.

—Pues entonces no falta una ho-

ra. Dijo que a las cinco podía haber reaccionado. ¿No fué eso?

—Sí, hombre, sí.

Slim se acercó al jinete.

—Duke, hay que cuidar que tu montura no se corra hacia la izquierda. No le quites los jos de encima.

—Ya le vigilaré. Gracias, Slim.

—De nada, hombre. No sabes cuánto siento lo de «Sammy».

Una muchacha de la misma clase que Linda-Belle, Lil y Carmencita, se hallaba cerca de donde estaba Duke hablando.

—Oye, Duke, acabo de enterarme que tienes a «Sammy» enfermo.

—Sí, Peggy.

—¿Cuándo tendrás noticias?

—Pronto, creo.

Le tocaba el turno a Duke y terminó la conversación con la bailarina de café.

El número de Duke consistía ahora en derribar varias vaquillas, deporte en el cual era muy diestro y conseguía siempre grandes aplausos. A pesar de lo desanimado que estaba por la suerte de «Sammy», tuvo movimientos muy afortunados, y fuera por esto o porque se había acongojado por la casi segura muerte de «Sammy», fué objeto de una ovación estruendosa.

De repente entró Mollie en el cercado, gritando:

—¡Duke! ¡Duke! ¡Duke!

—¿Qué ocurre?

Mollie apenas podía hablar. Había ido corriendo desde la posada al cercado y le fallaba la respiración.

—¿Que «Sammy»...!

—¿Qué le pasa?—preguntó Duke, temiendo oír lo peor.

—¡...que está bien!

—¿Es posible?

—El veterinario ha dicho que no tenía importancia, no era más que un resfriado de nariz. Ya está mucho más animado.

—¡Waco! ¡Waco! ¡«Sammy» está bien!—gritaba Duke con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el escudero.

La fatiga y la emoción hicieron que Mollie se pusiera a llorar.

—Bueno, Mollie, no llore. No hay motivo para llorar. Debemos estar muy contentos todos.

Mollie intentó sonreír. El tono en que le había hablado ahora Duke resultaba muy agradable.

—Waco, entrega el caballo a Slim. Yo ya he terminado aquí. Cúdate de cobrar y nos encontraremos en la posada. Ese Humbolt es un buen veterinario. ¿Verdad, Mollie?

—A lo menos ha curado rápidamente a «Sammy».

—Si caigo enfermo algún día, le llamaré para mí. ¿Vamos, Mollie?

El caballista y la joven salieron

del cercado, dirigiéndose al pueblo con mucha calma.

—Tiene que pasar la noche en este pueblo, ¿verdad? —preguntó Duke.

—Sí. El autobús no pasará hasta mañana.

—¿Tiene dónde alojarse?

—No; distraída con el caballo no me he preocupado de nada. Mi maleta está en la posada y supongo que podrán alquilarme una habitación.

—No sé si se ha fijado en aquella finca. Está rodeada de distintas casitas y esto es lo que alquilan, no habitaciones solas.

—Qué curioso.

—Lo tienen montado así desde hace muchos años, porque a veces cuando viajan familias enteras les sale más a cuenta tomar una de esas casitas y guisar por su cuenta.

—Ya comprendo. Al estilo de las viviendas en los monasterios de Europa.

—Es que esa finca fué un monasterio años atrás, construída por monjes españoles.

—¡Qué interesante es el Oeste!

—Sentémonos un rato aquí, Mollie. Así podrá admirar bien mi tierra antes de partir en ese horrible autobús que la llevará a esa ciudad, donde las calles son oscuras porque los edificios son demasiado altos.

Duke se había sentado al pie de

un enorme árbol, sin esperar a que Mollie lo hiciera. Se sentó ella también y quedaron un rato contemplando el imponente paisaje que se extendía ante ellos, iluminado por la luna en cuarto creciente.

Los dos enamorados, ella indudablemente lo estaba del caballista, no hablaban.

—No olvidará usted nunca esta tierra, ¿verdad, Mollie?

Tardó un poco en contestar, porque no quería traicionar la emoción que sentía, y cuando se sintió más serena, dijo:

—Estoy segura de que jamás olvidaré todas las impresiones que he sentido durante este viaje. Vamos, Duke, es muy tarde y he de procurarme alojamiento.

El obedeció al instante y regresaron a la posada, ante cuya puerta había uno de los mozos.

—¡Hola, muchacho!—dijo el caballista.

—Waco me encargó le dijera que le espera en el restaurante. Tenía hambre y no pudo esperar más.

—Esta señorita es amiga mía y desea un aposento.

—¿Tienen alguno disponible?—preguntó Mollie, ansiosa.

—No hay nada libre, señorita.

—Cuánto lo siento. Yo confiaba en que habría alguno para mí.

—Ya me hago cargo, pero...

—Es sólo para esta noche.

—¿Nada más?

—Sí; perdí el autobús Iris y mañana proseguiré el viaje.

—En este caso... tenemos reservado un aposento, el número doce, para un señor que llegará mañana al mediodía.

—¡Oh, yo marcharé a las diez!

—Está bien, pero si el viajero cambiara de idea y llegara esta no-

che, en este caso tendría usted que ceder el sitio.

—¡Oh, no llegará!

—Bueno, espere, que le daré la llave. Está cerca del de Duke.

El empleado entregó la llave a Mollie.

—Muchas gracias —dijo la joven, agradecida de veras, pues al fin podría descansar tranquila aquella noche.

UNA CENA INTIMA

EL cow-boy, que conocia perfectamente todas las instalaciones del Oeste, acompañó a Mollie hasta la puerta de su aposento y se dirigió luego al suyo. Al marcharse, le dijo:

—No se entretenga mucho, Mollie, porque hemos de cenar todavía.

La joven no hizo más que dejar la maleta y volver a salir. Duke apareció al instante y se dirigieron al restaurante.

—Es necesario comer algo —observó Duke.

—¿Ha de ser inmediatamente?

—Sí; Waco me está esperando.

—Bueno, yo no tengo mucho apetito y creí que podríamos comer más tarde.

—¿Sí?

Cuando llegaron al restaurante, que estaba situado en el edificio grande, hallaron a Waco cenando tranquilamente.

—Eh, Duke, ¿dónde has estado? He esperado un buen rato.

—No tengo apetito.

—¿Le interesa comer aquí?...— preguntó Mollie.

—¿Dónde quiere comer?

—¿Por qué no me deja organizar una cena casera en mi aposento? Sería una variación.

—No estaría mal—contestó Duke, aceptando la idea con satisfacción.

—¿Hay alguna tienda de comestibles por aquí cerca?—preguntó la joven.

—Anda, Waco, enséñale alguna, mientras tanto yo iré a lavarme.

El pueblo no era muy grande y les fué fácil encontrar el almacén donde vendían desde calcetines a productos farmacéuticos y carne de ternera.

Mollie penetró en la tienda, donde había un viejo hablando con otro y no hacían caso de la chica.

—Oiga, ¿quiere darme cuatro buenas costillas de cordero?

—¡Hola, Josefina! —exclamó el viejo al ver a la joven—. ¿Quién lo creería? Pareces otra persona.

—Oiga, yo no me llamo Josefina.

—¿También has cambiado de nombre?... ¡Ah, las jóvenes!

—¡Usted me confunde con otra persona!

Waco había acompañado a Mollie y al oír esa conversación entró en la tienda.

—¿Qué pasa?

—Nada, me confunde con otra persona, se ve.

—Pues se equivoca, señor tendero; no es la que usted cree.

—¿De veras?—dijo el viejo.

—A ver, ¿tiene cuatro buenas costillas de cordero? Tengo mucha prisa.

—Sí, señorita.

—¿Qué compra para Duke, costillas de cordero?—preguntó Waco.

—Son para él.

—No las comerá.

—Ya verá cómo las come. Yo los arreglo de una manera especial.

—Bueno, ya puede prepararlas como quiera; lo más probable es que se las tire por la cabeza.

—A mí no me hará esto. No soy su esposa todavía.

Regresó Mollie con la compra hacia su aposento y con bastante ligereza improvisó una cena. Luego se peinó y cambió de traje, pareciendo otra cuando Duke llamó a la puerta.

—¿No está todavía la cena? ¡Ya empiezo a tener hambre!

—Dentro de unos minutos la serviré. Falta muy poco.

Duke salió fuera de la casita y se puso a charlar con Waco.

—Observo que te has puesto muy elegante, Duke.

—¡Bah!—contestó el jinete, queriendo quitar importancia a lo bien peinado y afeitado que iba.

—Duke, yo debo decírtelo, pero algo soy tu mejor amigo, después de «Sammy». No estoy de acuerdo con todo esto.

—¿Qué es todo esto?

—Que vayas a cenar con Mollie.

—Supongo que un hombre tiene que comer...

—Sí, pero no con una chica que pretende algo.

—También yo pretendo algo.

—Duke, tú eres un potro salvaje y nadie te ha domado todavía, por

esto no quiere decir que algún día no encuentres quien te domine.

—¿Cómo hablas! ¡No te preocupes!

—Esa chica no es para ti. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste un día? Las mujeres son como los calcetines, hay que cambiarlos con frecuencia. Esta chica es distinta de las que tú estás acostumbrado a tratar.

Mollie salió a la puerta de la casa.

—¡Todo está preparado!

—Insisto en que es distinta... y pronto te convencerás de ello.

—Hablas como una mujer casada, Waco.

Sin hacer más caso a su criado, Duke siguió a Mollie y ésta le hizo sentar ante la mesa, donde no había nada.

—¿Cómo! ¿No está lista la cena?

—Sí, pero creí que sería mejor tomar primero un aperitivo.

Mollie entró en la cocina y salió con una bandeja donde llevaba dos vasitos.

—Huele bien. ¿Qué vamos a comer?

—¡Ya lo verá! Ahora beba esto.

—Bueno, pues a su salud.

El cow-boy levantó la copa para brindar.

—¿Qué es esta bebida?

—¡Jugo de tomate!

—¡Oh, no lo parece!

—Es la manera de prepararlo, con jugo de limón. Es bueno, ¿verdad? ¿Tiene hambre?

—A decir verdad, sí.

—Pasemos al comedor.

Se trasladaron a la habitación contigua, donde había otra mesa, muy bien arreglada, teniendo en cuenta el sitio donde se hallaban.

—Siéntese aquí.

Duke tomó asiento donde le había indicado Mollie y ella fué a la cocina a buscar la comida.

—¿Qué le pasa?—preguntó la joven al ver el desencanto pintado en la cara de Duke.

—¿Costillas de cordero?

—Sí.

—No como nunca costillas de cordero.

—Son muy buenas.

—Nada, nada; vamos al restaurante a comer un buen filete de ternera.

—¡Pruébelas!

—Pero es que no me gustan. Nunca las como.

—¿Por qué?

—Porque prefiero el filete.

Mollie empezó a comer la costilla sin hacerle más caso y él no tuvo más remedio que intentar probarlas. A medida que iba mascando un trocito de carne que había cortado cambió de cara.

—Pues están buenas.

—¿Ve usted?

—Sabe a filete.

—¡Claro!

—Hay muy poca luz en esta habitación.

—¿Por qué dice esto?

—Porque acabo de mordérmelo al dedo. ¡Lástima que no tengamos cerveza!

Mollie se levantó y fué a la cocina, regresando con una botella de cerveza.

—Veo que tiene usted de todo.

—Gracias.

—¿Hay más carne?

—No, pero le daré una de las mías. Ahora un poco de ensalada le sentará bien.

La joven cogió una de las costillas que tenía en el plato y la depositó en el de Duke, quien pronto la despachó.

—Ahora voy a buscar el postre.

—¿Tarta de manzana?

—No.

—¿Buding de arroz?

—No, se trata de otra cosa.

—No me gustará otra cosa.

—Parece usted un niño mal educado. ¿Por qué no le gustará?

—Porque siempre como lo mismo.

—Bueno, espero que esto le guste porque es una sorpresa.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. Será también una sorpresa para mí. Lo compré en la

tienda del pueblo. Se llama «Atardecer», postre especial. Me hizo pensar en usted.

—¿En mí?

—Sí, ¿El café, ahora o más tarde?

—Me es igual.

Regresó Mollie de la cocina con dos copas grandes en las que había una especie de monte nevado con una cereza.

—¿Tiene buen apetito, verdad?

—dijo Mollie.

—Muy bonito.

El «cow-boy» empezó a comer aquel original postre. Mollie no le miraba.

—Nunca olvidaré estos días que hemos pasado juntos, lo mucho que nos hemos divertido y...—decía Mollie sin levantar los ojos.

—¿Qué es ésto? ¡Es colosal!— exclamó Duke, no sabiendo cómo despegar los dientes de aquella pasta que se le había servido como postre.

—¿Qué le pasa?

—Apenas... pue... do... hablar.

Por más esfuerzos que hacía no podía sacar aquel manjar de la boca.

—¡Oh, Duke, beba un poco de agua! ¡Cuánto lo siento!

Bebió agua, lo cual reblandeció la pasta y pudo recuperar el movimiento de las mandíbulas.

—¡Lo siento muchísimo, Duke!

Atar- Ya le dije que no sabía de lo que se hizo trataba.

—No se preocupe, no ha ocurrido nada.

arde? —Yo lo compré en mi afán de encontrar algo extraordinario para usted.

habia Después de este pequeño incidente Mollie dió la cena por terminada. Empezó a desparar la mesa.

dad? —Bueno, ahora retiraré los platos y después quizá podremos charlar un rato.

omas —Sí.

no le —Estaré en seguida. Ayúdeme.

El «cow-boy» permanecía en su sitio sin hacer caso a lo que le decía Mollie.

Mo —Duke, ¿le ocurre algo?

—Sí.

allí —¿Qué?

cómo —No sé. No he bebido nada en toda la cena y parece que... haya bebido demasiado.

—Es raro. No me lo explico.

ha —Estoy seguro de lo que está usted pensando, Mollie—dijo él mirándola cara a cara.

ia n Mollie volvió a sentarse en su sitio. Presintió algo desagradable y quiso prepararse.

decía —Me imagino que sus intenciones son iguales a las de todas, pero se ha equivocado conmigo—prosiguió Duke con impertinencia.

Duke —¿Qué quiere usted decir?

—Que yo no me dejo pescar. Eso es lo que le digo.

—¿Algo más?

—Sí. Esos procedimientos, esas zalamerías, tal vez produzcan efecto allí en el Este, de donde viene usted, pero aquí...

—¡Oh!—exclamó Mollie, apenas pudiendo contener las lágrimas.

—¡Déjeme tranquilo y no trate de engatusarme!

—No estoy tratando nada.

—Yo tengo mi manera de vivir y no la cambiaré por nada ni por nadie.

—No he intentado hacerle variar de costumbres.

—Le suplico que no se ponga a llorar.

—Está equivocado si se imagina que voy a llorar por usted.

—Pues lo parece.

—Es curioso lo que ocurre. Cualquiera diría que realmente ha bebido usted demasiado.

—Es que el jugo de tomate también puede subirle a la cabeza.

—Me hablan hablado mucho del Oeste y de sus «cow-boys». Las versiones que yo sabía eran muy distintas de lo que he podido ver.

—Creía usted que por venir de Nueva York uno iba a caer rendido a sus pies.

La impertinencia y brusquedad de Duke era tan terrible, que la po-

bre Mollie acabó por creer que realmente estaba borracho y por esto no le contestaba como hubiera merecido. Temía cualquier barbaridad después de la forma en que había hablado. Optó por callar.

—Antes de irme, quiero decirle algo más.

—¿Todavía algo más?

—Sí. Si yo quisiera dejarme pescar por alguien, usted sola sería capaz de hacerlo. ¡Usted es la única! Nunca me he enamorado de ninguna... pero no quiero perder mi independencia.

Sin agregar una palabra más,

Duke salió del comedorcito, de aquel original aposento, dejando a Mollie sumida en un mar de confusiones.

Su primera impresión fué que se iba a derrtir en lágrimas, pero inmediatamente acudieron a su mente las últimas palabras del caballista. «¡Usted es la única!» Y asiéndose a esta frágil esperanza la joven puso en orden aquella estancia donde acababa de verse humillada nuevamente por un hombre al cual apenas hacía tres días que conocía, lo que la tenía indignada consigo misma por haberle consentido semejante atropello.

¡ADIOS AL OESTE!

ESTA vez era indispensable no perder el autobús. Ahora no tendría excusa, y si la salida estaba señalada para las diez de la mañana ella se hallaría ante la estación de servicio un par de horas antes. Si necesario fuese, pasaría toda la noche sin dormir para que no le ocurriera otro fracaso. Además tenía mucho interés en no volver a ver jamás a Duke y saliendo muy temprano de la hospedería estaba segura de que no le encontraría. No debería ser gran madrugador cuando disponía de una buena cama. Esto era muy distinto de dormir al raso.

Mollie arregló su equipaje y cuando lo tuvo todo dispuesto se echó encima la cama para descansar. Tuvo un sueño muy sobresaltado, en el

cual moría «Sammy» y su amo quería matarla a ella. Waco la salvaba de una muerte violenta. Despertaba sobresaltada y al encontrarse en una habitación extraña sentía miedo y entonces no quería dormir; pero el sueño la rendía y una nueva pesadilla la atormentaba. Sólo una vez soñó que Duke la trataba con amabilidad exquisita y le pedía disculpas por sus groserías de la noche anterior.

En cuanto amaneció, Mollie hizo los preparativos para la marcha definitiva. En el mostrador de la fonda ya se oía movimiento. Esto la animó a salir y pagando los gastos que había hecho, se despidió.

—¿Desea usted algo para Duke?

—interrogó el empleado.

—Nada, muchas gracias. Nos despedimos ayer noche.

La estación donde paraban los autocares Iris estaba situada en el sitio más céntrico de Ciudad del Oro. Cuando llegó Mollie allí era todavía muy temprano, pero el transporte ya había anclado junto al poste de gasolina para revivificar su depósito. Los pasajeros habían bajado para desentumecer las piernas y asearse en un hotel cercano.

La primera en regresar fué Florrie, la compañera de asiento de Mollie, quien no pudo contener una exclamación de sorpresa mezclada de malicia.

—¡Oh, miren, Mollie! ¡Hola!

—¡Hola!—contestó Mollie poco comunicativa.

—¡Caramba! ¡Qué aparición!

—¿Cómo está, señorita?—preguntó el sonriente Lambert—. ¿Qué le ocurrió?

—Nada, perdí el autobús. Cosas que ocurren.

—Pues mira, querida—dijo Florrie—, estábamos muy preocupados por ti, no tienes idea, temíamos...

—Sí, hasta pusimos una conferencia telefónica—dijo el sonriente Lambert.

—Que la pagué yo—agregó Florrie.

—Bueno, bueno, espero que no

se haya usted estropeado...—insinuó Lambert.

—¿Qué quiere usted decir, señor Lambert?—preguntó Mollie con cara de pocos amigos.

—Nada, nada, jamás he visto persona más susceptible—se apresuró a decir el jefe del autocar.

—Vamos, Mollie—dijo Florrie—, ven conmigo y me lo contarás todo.

La solterona sonreía misteriosamente para ganar la confianza de su compañera de viaje, pero estaba tan fastidiada con todo lo ocurrido y las impertinencias de Lambert, que contestó muy secamente a la que quería ser su gran amiga.

—No tengo nada que contar.

—¿Nada? Pues, ¿qué has hecho durante estos tres días?

—Correr en busca del dichoso autobús.

—Vamos, Mollie, sé franca. ¿Alguna aventurilla?

La cara de Florrie era semejante a la de un papagayo, o a lo menos así se le representaba a Mollie. No pudo contener la risa.

—Te aseguro que no me ha ocurrido nada novelesco. El Oeste es mejor en película que visto de cerca. Los «cow-boys» son mucho mejores a vista de pájaro.

—Apuesto que podrías hablar hasta llegar a Nueva York.

—Pues no pienso decir nada.

—Serás muy mala compañera.

—Florrie, cuando emprendí este viaje a través de nuestro Continente, no lo hice con reservas mentales, fué sólo para descansar y ver algo nuevo. No salí en busca de aventuras.

—Pues yo sí, y no las he encontrado, en cambio tú...

—Florrie, ya no estás en edad para tanta tontería.

El sonriente Lambert vigilaba el regreso de todos sus viajeros. No le interesaba perder pasaje como había ocurrido con Mollie y en cuanto tuvo reunidos a todos, montó en el estribo del auto y se dirigió a ellos.

—Señoras, caballeros, vamos a salir muy pronto. ¡Suban al coche! Todavía tenemos muchas cosas por ver y muchas por hacer...

—Veo que continúa tan tonto como siempre—dijo Mollie a su amiga.

—No tienes idea, algo de miedo.

—Pasen señores, pasen... Entren. Joe, pronto saldremos. No dirán ustedes que no hemos realizado un viaje delicioso... todos pensarán repetirlo el próximo verano...

—¿Ha estado hablando así todos estos días?—preguntó Mollie.

—La llegada y salida de cada estación le estimula la charlatanería. En trayecto está más sosegado. Entre él y los niños disfrazados de piel-

roja, me he divertido mucho, especialmente desde que tú nos abandonaste.

—Fué una desgraciada casualidad.

—¿Dónde estuviste?

—En una fiesta hipica que terminó más tarde de lo que yo contaba.

—Debió terminar de noche.

—Casi.

Mollie consideró que ya había hablado demasiado y volvió a cerrar el pico. Florrie estaba convencida de que no sacaría nada en limpio de su compañera. Por otra parte tenía la más completa seguridad de que había algún galán por en medio.

El autobús recorrió una ruta distinta para el regreso, lo que permitió a Mollie pasarse el rato mirando a través de la ventanilla.

Las jornadas hasta regresar a Nueva York transcurrieron sin ningún incidente y sin emoción alguna para Mollie. Todas las emociones buenas y malas habían quedado en la Ciudad del Oro.

—¿Qué estaría haciendo Duke?

—pensaba la joven.

Ella misma se daba la respuesta. Con el auto y el remolque viajarían de un pueblcito a otro, derribando vaquillas, montando potros salvajes, y si alguna joven se cruzaba a su paso, trataría con la brusquedad que la trató a ella.

Era preferible olvidarlo todo. Dentro de poco se encontraría en Nueva York, sus buenos amigos estarían esperándola en la estación. El viejo McCormick, satisfecho de ver regresar a su eficaz secretaria, quien pondría en orden todos los papeles que él habría enredado durante su ausencia y así reanudaría su monótona vida hasta el próximo verano. ¿Qué haría el próximo verano? Cualquier cosa menos una excursión al Oeste. Una había sido más que suficiente y esto que no la había realizado completa. No había llegado a ver las cataratas de las siete delicias ni se había asomado al Océano Pacífico; pero esto no lo sabría nadie, porque se cuidaría muy bien de no divulgarlo. Si alguien le hiciera demasiadas preguntas, contestaría que tenía dolor de cabeza.

Sumida en estas meditaciones se dio cuenta de que el autocar andaba ya por las calles neoyorquinas. A decir verdad, Mollie no sentía ninguna clase de satisfacción. El regreso a lo que ella debía considerar su hogar la dejaba fría.

¿Era posible que hubiese dejado el corazón en el Oeste?

Se sofocaba al pensar esto, y para distraerse procuraba pensar en el brusco comportamiento de Duke. En esta forma pronto se daría cuenta de que había estado afortunada al

poderse desprender de él tan fácilmente.

El autocar paró. Bajo el mismo pórtico donde Mollie lo había tomado quince días antes, acababan de llegar y el sonriente Lambert tenía que pronunciar su último discurso.

—Todas las cosas buenas terminan. Sí, señores, así es la vida... hasta que algún día volvamos a encontrarnos, queridos amigos...

Lambert se había apeado y se apoyaba en el coche. Todos los pasajeros desfilaban ante él.

—Recuerden una cosa... No hay sitio como el hogar; por muy humilde que sea, no hay sitio como el propio hogar.

La oda al hogar la había emitido cantando, sin duda para enternecer a los pasajeros, los cuales desfilaban rápidamente, sin hacerle el menor caso. Todos habían tenido que aguantar su vertorrea durante quince días y ahora le abandonaban con gusto.

Es necesario hacer justicia al sonriente Lambert. Podría ser charlatán y un poco ordinario, pero hay que reconocer que contribuía mucho en animar las horas monótonas del viaje en autobús.

Florrie se acercó a Mollie en cuanto hubo reunido todo su equipaje.

—Bueno, a decir la verdad, creo

UNA CHICA SE DIVIERT E

que este es el lugar que más me gusta de todo el viaje. ¿Verdad Mollie?

—Tal vez tengas razón, pero si no nos hubiésemos ido, no gozaríamos ahora de la satisfacción del regreso.

¿Hasta qué punto era sincera Mollie? Ella misma no lo sabía.

—Recuerda, Mollie, si algún día necesitas una amiga para salir a alguna parte, cuenta conmigo. ¿Te di mi número de teléfono, verdad?

—Sí, Florrie, te lo agradezco mucho.

—Pues, por ahora, adiós.

Las dos muchachas se besaron y una salió por un corredor y otra por otro.

Mollie con su maletita en la mano andaba muy despacio. Parecía que no tenía prisa para entrar en Nueva York donde debía reanudar la vida de antes.

Andaba con la cabeza baja y no veía a nadie. Un grito la sacó de sus preocupaciones.

—¡Mollie! ¡Qué alegría!

Era Malcolm, el fiel amigo que pasaba todos los días por la estación a fin de enterarse cuándo y a qué hora llegaría el autobús.

—¡Hola, Malcolm!

No correspondía Mollie con su tono a la satisfacción expresada por él al verla nuevamente.

—¡Oh!—exclamó Malcolm descorazonado al ver aparecer al chofer de taxi.

—¡Hola pequeña! ¡Bienvenida!

—¡Bob!

El chofer cogió la maleta de manos de la chica sin consultarla.

—¡Caramba!—dijo Malcolm.

—Vamos, Mollie, tengo el coche ahí fuera.

—Creo que yo llegué primero—dijo Malcolm.

—Dije que tenía el coche ahí fuera—repitió Bob.

—No me importa—contestó el otro ofendido.

—Escucha gordínflón...

—¿A quién crees que estás empujando? Trae esta maleta—gritó Malcolm, arrebatándola del chofer.

—Vas a recibir algo peor que un empujón si no me devuelves esta maleta.

—Bob, todo el mundo nos mira—dijo Mollie sofocada ante la pelea de sus apasionados admiradores.

—Si me tocas un solo pelo de mi cabeza...—rugió el furioso Malcolm.

—¡Dame esa maleta!—repitió Bob.

—Eres un impertinente mal educado Bob, te lo digo a la cara.

—Malcolm, tal vez no comprendes inglés. He dicho que tengo mi taxi ahí fuera.

—No me importa, aunque tuviera dos coches. No debiste hacerlo.

—¿Qué?

—No debiste hacerlo...

—¿Que no debí haber traído mi coche?

—¡No! ¡Tiene modales de chofer de taxi!

—Oye, mi coche no es un taxi, hace servicios particulares solamente y cuando oigas su bocina, te aconsejo que te quites de en medio.

Mientras los dos rivales peleaban como perros para asegurarse la compañía de Mollie, llegó Gregg.

—¡Hola, amiguita!

—¡Hola, Gregg!

—¡Basta ya!—gritó Bob arrancando la maleta de manos de Malcolm.

—¡Hola, Bob!—dijo Gregg.

—Muy bien, Gregg, espera un momento.

Mollie trató de imponerse porque era imposible continuar con aquellos tres tipos peleando y discutiendo.

Se oyó el motor del segundo autocar que llegaba del Oeste.

—Escuchad—dijo Mollie—, vamos a ir los cuatro juntos en el coche de Bob y si peleáis más, me voy sola. No os necesito para nada.

—Bueno, yo llegué primero—dijo Malcolm.

—Esto no importa—dijo Gregg.

—Mi coche espera—agregó Bob.

Los pasajeros del segundo autocar estaban saliendo por el mismo corredor en que se hallaba Mollie y sus admiradores. Entre los recién llegados destacaba la figura de un «cow-boy» altísimo. Vestía el típico traje del Oeste con sombrero de anchas alas.

Mollie no podía creer a sus ojos.

—¿Qué hace aquí, Duke?—exclamó la joven—. Creí que estaba...

—Sé lo que crees, pero estás equivocada.

Duke había cogido a Mollie en brazos y se la llevaba.

—Un momento—dijo Bob sorprendido.

—Es que... yo le conocí en el Oeste, Duke, déjame en el suelo... quiero presentarte a mis amigos. El señor Hudkins, el señor Stone...

—¿Cómo está usted?—dijo Gregg saludando al nuevo rival.

—Muy bien—contestó Duke.

—El señor Hastings y el señor Starkey.

—¿Cómo están ustedes todos?

—Mollie, ¿quién es este tipo?—preguntó el chofer.

—Ya te lo dije, le conocí en el Oeste.

—¿Quién es usted?—preguntó Bob a Duke.

—Pues... como le diré... no sé—repuso el «cow-boy».

—Duke, ¿qué haces en Nueva York?

—He venido a buscarte.

—¿De veras?

—¡De verdad!

—¿Nos vamos?

—Sí, inmediatamente.

El sonriente Lambert estaba ya anunciando el próximo viaje.

—Señoras, caballeros, dentro de pocos minutos sale el autocar para la ciudad de Kansas, Tulsa, Phoenix y los Angeles...

—¿Adónde?

—Un momento, Buffalo Bill—dijo Bob.

—Bob, te aconsejo que no te metas en lo que no te importa—dijo Mollie.

—¿Dónde cree usted que está? ¿En la selva?

—¡Oh!—exclamó Mollie temiendo una pelea.

—Pues, no... yo...

Duke no acabó la frase, pero propinó un soberbio puñetazo a Bob, que le hizo abandonar el campo.

—Que tengan un buen viaje—dijo Malcolm, convencido de que no había nada a hacer.

—Un momento—dijo Mollie—Yo no voy a ninguna parte.

El «cow-boy» había cogido la maleta con una mano y con la otra arrastraba a Mollie.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? ¿Es

que yo no tengo voz en el asunto? Voy a decirte una cosa. Estoy decidida a no volver jamás a viajar en autobús. Acabo de salir de uno.

Sin hacerle el menor caso, la hizo montar de nuevo en el autocar que estaba dispuesto a salir antes de diez minutos.

—En realidad ni debiera hablarte, después de las cosas que llegaste a decir... De veras, Duke, debes comprenderlo.

—Siéntate—dijo Duke indicándole el mismo asiento en que ella había hecho el primer viaje.

—Esto de sentarme ya es otra cosa. Podremos hablar, pero no creas que yo vuelva a viajar en autobús.

Duke se acomodó a su lado dispuesto para el viaje.

—Mira... si tú... piensas que voy a pasar de nuevo lo que he pasado, estás muy equivocado. Esto es todo cuanto tengo que decir.

El sonriente Lambert había subido en el auto y examinaba a todos los pasajeros.

—¡Hola, hola, hola! Amigos... desearía que me escucharan un momento... Yo les escucharé a ustedes durante los próximos quince días... así es que me parece que no pido mucho...

—Duke, escucha, aunque cambiara de idea y quisiera volver conti-

go... no podría. Perdería mi empleo.

—A ti no, pero a mí me importa mucho.

—Tengo un buen empleo para ti.

Mollie quiso descubrir en los ojos de Duke sus intenciones, pero él miraba a través de la ventanilla. Parecía estar interesado en el tráfico neoyorquino.

—¿De qué se trata, Duke?

—No tengo a Waco.

—¡Pobre hombre!

—No le será difícil encontrar empleo. Está muy acreditado. No en vano ha sido el escudero del mejor «cow-boy» que existe.

—¿Sirvió a otro antes que a ti?

No esperaba esta salida el orgulloso Duke.

—Oye Mollie, basta de bromas.

¿Quieres venir al Oeste conmigo para ser mi mujer?

—Esto no importa.

Mollie no contestó con la boca. El sonriente Lambert interrumpió el idilio.

—Señoras, señores, parece que no les interesa mucho lo que yo les digo, pero ya se acostumbrarán. ¡Hola, señorita! me alegró de verla repetir el viaje, no vaya a perder el autobús otra vez! Saldremos dentro de dos minutos, así es que no se impacienten. Tengo tantos deseos de marchar como ustedes. Sí, señor, dentro de unos segundos van a emprender el viaje más cómodo, más tranquilo que hayan hecho jamás. Sí, señor, y yo soy la persona que les va a dar referencias de todo. Está bien. ¡Comandante, pise el acelerador! ¡Vámonos!

Y Mollie regresó al Oeste en el mismo autocar que la había traído media hora antes; pero no regresaba sola.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bellero pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Aguesta de amor	Gina Raymond
Hechos Pírramos	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Saguitaria en vida	A. Nazari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Southern
Maria Iona	Paula Wessely
Póveda Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Oliver Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Las tres vagabundas	Helma Rütman

SERIE ALFA

2'50 pta.

Sabó, Toomay de los elefantes	Sabu
Tú cambiaste de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Burghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Gary Grant
Vacaciones juets Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gouties	Greta Garbo
Mortal agitación	Robert Taylor
Una chica insoportable	Aini Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
Alarma en el expresos	Edmund Lowe
Crimen de medianoche	M. Redgrave
El signo de la Cruz	Ramón Pareja
El asesino invisible	Fredric March
Los dos pilletes	Walter Abel
Pygmalion	Jacques Teyll
Maria Estuardo	Leslie Howard
Cuidado con la o. haca	Kath. Hepburn
Por la fama y el honor	Michael Rodgrave
El día que me quieras	Paul Lukas
El pequeño lord	Carlos Gardel
Torzon de las fieras	Fred. Bartholome
Albergue nocturno	Buster Crabbe
El misterio de Villa Rosa	Greta Gynn
Acusada	Judy Kelly
Forja de hombres	Dolores del Río
El prefiero millonario	Mickey Rooney
Los peligros de la gloria	Gina Raymond
La bella rebelde	James Cagney
Buscando fama	Ann Southern
Una mujer imposible	Don Ameche
El hombre del Nígar	Jerry Igan
Extraños en luna de miel	Victor Francen
Andrés Harvey Tenorio	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Mickey Rooney
El secreto del marqués	Clark Gable
iene	Armando Falconi
Una hora en blanco	Ana Neagle
La batalla	Franchot Tone
La familia Robinson	Charles Boyer
	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Lligero
La reina mora	Maria Arles
Rincuncito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baylers
Eran tres hermanas	Luisita Cargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Lligero
Martingala	Niño Marchena
Rapteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡Al-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lia?	Maruja Tomás
Alas de paz	Luis de Vajols

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lucrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Lligero
Gloria del Moncayo/Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Lligero
El difunto es un vivo	Antonio Vici
Molinos de viento	Pedro Tarró
La algaría de la huerta	Flores Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Lligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina
Misterio en la Mariama	C. Gardel
Rosas de otoño	Tony D'Alcy
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Estrellita Castro
Un enredo de familias	Josita Hernán
La culpa del otro	Mercedes Vecino
Fin de curso	Luis Prendes
Mi enemigo y yo	Luchy Soto
	Josita Hernán

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Lligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de angustia	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Fior de espina	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Gerone
Otoño	Roberto Ray

CANCIONERO

PreCIO: 50 cts.

MERCEDES LLOPRIU
LUIS MANGUARINO (Tangos)
RODRI MUH (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFLER»
NINA DE LINARRES
IMPERIO ARGENTINA (Aires)
FUARITO VALDEHERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANOMILUJA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Canciones)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANGR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO

NINO DE MARCHENA
BANKERS
NINO DE UTREHA
PIAJON ARCOS
NINA DE LOS PEINES
CURRO CARMONA
GUERRITA
TRIO BUAPANGO
COJO DE BURLVA
NANTA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SERRA
PEPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTEQUERA
HUGO DEL CARRIL
GRACIA DE TRIANA
NINO DE AMADEN
ROSARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

PreCIO: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Agosto)

PreCIO: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MAGNIN»

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Hvarista y su Orquesta (Agosto)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta (Agosto)
JAIRO PLANAS y sus otros vivientes

PreCIO: 1'25 pta.

LUISITA ESTEZO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
M. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ASAGUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA JAZZ

PreCIO: 1'50 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARAGO JAZZ-HOT
MERCEDES VELINO. CINE-JAZZ
EXITOS-DE LA RADIO
GALATZA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPANA - JAZZ
GOZALDO-LLORENS - MEXICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
PAUL ABRIEL-BONET DE SAN PEDRO
BERNARD HILDA

MUSA ARGENTINA
REPULVEDA - R. BOLUDA
M. LUISA GERONA - MARY MICHIE
Y TRINIDAD ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (edn. 1)
JOSE VALERO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (edn. 2)
ORQUESTA DE-MON
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES

Pedidos a

Editorial Apas

Abierta 707

BARCELONA





2'50 Ptas.

WORLD BOOK
CHILE & THE PACIFIC